

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 68 - Agosto de 2015 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Encarecimiento de los que carecieron de barrio



8

Pasala Ricardo, no seas personalista



10

Muertos Cercanos



12

Mascotas



18

Socorro



20

El tiempo del miedo



27

Magia con orinal



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

- Juan Fernando Ospina

EDITOR

- Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

- Fernando Mora

- Guillermo Cardona

- Alfonso Buitrago

- David E. Guzmán

- Andrés Delgado

- Anamaria Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

- Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

- Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

- Paula Camila O. Lema

ASISTENTES

- Sandra Barrientos

- Catalina Ortiz Giraldo

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 68 - Agosto 2015

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Estrellas

por SEBASTIÁN GIORGI G.

Ilustración: Hernán Franco

Coca por satélite

El Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos (SIMCI) lleva catorce años mirando desde el ojo de los satélites el color de los arbustos de coca. El verde claro entre la selva. Las entrevistas en tierra cocallera, los datos oficiales, las proyecciones, el complemento de las economías cercanas completan esos mapas nubosos, ese espionaje en órbita. Las variables del estudio las trae y las lleva el viento, y la plata, y el oro, y el plomo. Por ejemplo, en 2014 el departamento del Cauca tuvo datos muy completos, pues las nubes permitieron una “descobertura” del 85%. El vaivén del precio del oro decide si hay que dedicarse a la minería ilegal o a la coca.

Por lo general, las 150 páginas del estudio se quedan en un titular. Este año fue sencillo: “En 2014 la extensión de las hectáreas de coca creció 44% respecto a las siembras del año anterior”. Desde hace 35 años, poco a poco, el narcotráfico ha ido copando las discusiones, las páginas, los encabezados, los mitos, el *prime time*, las novedades en general. Pero el mejor retrato del comienzo del tráfico, de esa economía campesina que define a las Farc, a los Rastrojos, a los Úsuga, a Megateo y demás, se queda casi siempre en un cajón. UC le dio una mirada al estudio gremial que hacen los gobiernos de Colombia y Estados Unidos. Elegimos algunos datos, dejamos algunos comentarios sobre el 3% del PIB agrícola que marca la coca en Colombia, y echamos un vistazo a lo que serán las Farcim.

Tal vez lo más importante sea la concentración de los cultivos en un área con zonas históricas muy bien demarcadas y movimientos menores en lotes conocidos. Solo 10 municipios concentran el 42% de la coca sembrada en Colombia. Nombremos cinco: Tumaco, Puerto Asís, Tibú, El Tambo y Valle del Guamuez reúnen cerca de una tercera parte de la coca. Y tal vez haya fronteras más débiles y más importantes que las de los municipios: en los Parques Nacionales, los Resguardos Indígenas y los Consejos Comunitarios de comunidades afros está una tercera parte de los cultivos. El 84% de la hoja detectada está a menos de un kilómetro de la observada en 2013. A pesar del crecimiento de los cultivos, las familias siguen siendo las mismas 64.500 del año anterior; el doble de las familias cacaoteras, por mencionar alguno de los productos que se consideran para el postconflicto. Las buenas noticias son que cada vez la concentración es mayor, el 35% de la tierra cocallera identificada en los últimos 10 años lleva 1.000 días sin coca, y solo el 3% de lo que se vio en 2014 está en campo inédito para la “mata que mata” y su agite. Se corrió un poco el cerco de los mismos lotes.

El trabajo de las familias ha cambiado un poco, siguen siendo los 5 por rancho según dicen, pero cada vez se encargan menos de la química. El 63% de los cultivadores vende la hoja fresca, en acopio o en la parcela. Solo el 3% de los cultivadores llega hasta el producto final. Las cocinas de la base de coca y el clorhidrato de cocaína son cada vez más especializadas. Hace unos días cayó en Antioquia, entre San Francisco y Alejandría, el “cristalizador” más grande en cinco años. Le calcularon ingresos de 9.500 millones de pesos al mes. Aunque han crecido en productividad, las cuatro cosechas anuales dejan cifras muy distintas: 5.500 dólares en promedio por familia. Cuentas del postconflicto.

El precio crece con el riesgo, la distancia y los fierros necesarios. Un kilo de cocaína en Colombia se vende, en promedio, en US\$2.269; el mismo kilo en Centroamérica puede valer entre US\$2.800 y US\$10.000 (incremento del 23% al 341% del precio de venta en Colombia); cuando llega a México, puede venderse entre US\$15.000 y US\$17.000 (incremento del 561% al 649%); en países de la Unión Europea el precio puede oscilar entre US\$54.000 y US\$57.000 (incremento del 2.280% al 2.412%).

La fumigación sigue siendo una herramienta discutible. En Nariño y Putumayo se gastó la mitad del glifosato del año anterior y los cultivos crecieron por encima del 20%.

La coca será un reglón de todas nuestras economías por mucho tiempo. En el negocio mundial somos cada vez más cercanos a los campesinos que siembran en el Catatumbo, en las cercanías de Tumaco, en Anorí y en Valdivia. Cerca de 340.000 campesinos empujan el negocio narco en las fronteras, las selvas y las sierras. No será fácil que cambien de producto, de lógica y de sueldo. Tendrán que pensarlo más de una vez en Perú y Ecuador. Puede ser uno de los coletazos de La Habana. ☹

Bambi, Bunny y Baby, las Barbaue Ketchup Girls, estrellas contemporáneas del mundo de la música pop, me visitaron en mi casa, a cuatro horas de Medellín. Arrebatadas y violentas como nadie, me atacaron a preguntas. Estaban deseosas de mejorar su imagen. Las ventas iban de mal en peor. Sus últimos discos, *Tu braguita abierta señala claramente tus intenciones*, *Sexo de carnaval* y *Un trampolín hacia tu sexo* habían sido un absoluto fracaso comercial.

Luego de varios años de aparecer por todos lados en prensa, internet y televisión, de hacerse cirugías plásticas que prácticamente reinventaron sus cuerpos, convirtiéndolas en masmeos humanos de tetas hinchadas, muslos gruesos y traseros regordetes; luego de contratos millonarios para películas pornográficas, y de trabajar al lado de actores del cine de acción como Mike Steve Bronson y Hugh Lazzarus, las chicas se enfrentaban al peor momento de sus carreras.

Llamadas “las nuevas Beatles femeninas del mundo del pop” por la prensa sensacionalista, eran famosas por sus escándalos y excesos con las drogas y el alcohol.

A los diecinueve años, Bambi era una incorregible neoyorquina a la que le encantaba andar descalza por todos lados. Había vivido su infancia en un pueblo pequeño, y se caracterizaba por ser sumamente agresiva y rebelde. A los quince años se había ido a probar suerte a Nueva York con su novio Bobby McQueen, un harlista de tiempo completo, amante de los deportes extremos. Bambi se enamoró de su cuerpo fornido y sus bruscos tatuajes de cráneos y ensaladas en llamas. Al llegar a Nueva York montaron un *sex shop*, donde vendían desde ropa de cuero y látigos para quienes gustan de la dominación, hasta condones y vibradores con forma de gatos, alacranes y arañas para celebrar la noche de Halloween como se debe.

En sus fiestas y correrías, la feroz Bambi, que no soportaba que le alzaran la voz, conoció en un bar latino a Bunny Rodríguez, puertorriqueña de veintidós años que había sido conejita de Playboy y ahora trabajaba en McDonald's como una “sofisticada mesera”, según sus propias palabras.

Mientras compartían goma de mascar y las infaltables dosis de ácido y éxtasis, Bunny le propuso a Bambi hacer algo verdaderamente radical con sus vidas. Bunny tenía en su casa un altar a la “Diosa Madonna”, como ella la llamaba, y cargaba en su billetera fotos de Britney Spears, Kylie Minogue, Jennifer López y Kate Perry. Bunny decía que le hablaban en sueños y se le aparecían vestidas de colegialas y con ligeros, provocándola para que hiciera algo con su vida. “No puedo ser una tontorrana y exhibir mi cuerpo toda la vida a una partida de imbéciles que gustan de manosearte mientras tragan hamburguesas –decía-. La vida tiene que ser algo más que esto”.



Robaron algo de dinero para comenzar su aventura, y decidieron conformar un grupo de rock, acelerado y sinuoso, llamado Las Monta-varones. Aunque empezó como un clásico grupo de garage, se hizo muy popular en la movida *underground*. Las Monta-varones arrojaban al público platos untados de mantequilla, envoltorios de papas fritas y hasta sus propios almuerzos, en protesta contra un mundo laboral tóxico y depredador que no dejaba respiro para la libre expresión del alma humana.

En uno de sus toques, Las Monta-varones conocieron a la chica que les hacía falta para alcanzar el estrellato: la coqueta Baby, de dieciocho años, lindas pecas y un escote que incitaba todo el tiempo a arrebatos carnales. Baby era la típica chica de papá, sobreprotegida de un mundo cruel y devorador. Ansiosa y aburrida de la burbuja que sus padres habían creado para ella, Baby se había tatuado una cruz gamada en la nalga derecha y otra en la izquierda, para formar el que, decía ella, era el rostro del anticristo: Barack Obama.

Era evidente que había una química magnífica entre ellas, jóvenes y talentosas, pero sobre todo provocadoras. Continuaron tocando en pequeños bares y entregando la música personalísima que creaban. Baby se apropió de un taladro y empezó a destrozarse sillas, tableros y mesas en pleno show. Más de un asistente perdió sus tímpanos por tales excesos.

Hasta que tuvieron la suerte de conocerme. He sido manager y asesor de cantidad de bandas, desde los famosos Crucifictioned Ones hasta los Employers of Self-destruction. Por mis manos han pasado Los Agujetas del Mal, Los Hincha-pelotas Descerebrados de la Quinta Dimensión y Los Bipolares del Verso. Vi un concierto de Las Monta-varones y lo nuestro fue amor a primera vista. Aunque un poco desaliñadas, vi su potencial, el brillo de su talento, y lo proyecté hacia el futuro. Las agarré y las transformé en lo que son ahora: las Barbaue Ketchup Girls, quienes con su encanto demoleedor, su propuesta sexual y

sus letras pegajosas –que hablan todo el tiempo de revolcarse, frotándose y satisfaciendo al hombre como corresponde– han tenido a más de medio mundo enloquecido por largo tiempo.

Me miran un largo rato entre tragos de whisky, desde sus tetas y sus culos y esa mezcla de hedores de sótanos y tumbas. Pero no me molesta ese olor, lo conozco bastante bien. De tanto estar en estos ambientes he aprendido a saborearlo. Son unas muñecas, unas divas absolutas. Representan la última versión de aquel becerro de oro en tiempos de Moisés. Alguna vez las tuve a las tres jugueteando en mi cama: uno de los grandes regalos que me ha dado la vida.

Les prometí el cielo y lo obtuvieron. Una rara mezcla entre cielo e infierno. Lo mordieron entre sus gomosos labios de carmín y silicona, hinchados hasta más no poder.

Se quejan, rebuznan, chillan y patalean. Quieren seguir ganando tanto como antes. Quieren ir con Bobby a Disneylandia, a Universal Studios, al Steve Jobs Temple, y hasta a Tierra Santa a hacer un concierto por la paz mundial en honor a Los Niños Cantores de Viena, que, según sé, ya no son tan niños y se están muriendo de física hambre.

Ya las “chicas” no son moda. No son las estrellas que eran. Debo confesar que a veces me gustaría darles un buen bofetón para que aprendieran a comportarse, a ponerles límites a sus hormonas. Ya no son las mismas que mojaban los calzones cada cierto tiempo. Debería darles vergüenza, malditas mujercuelas malcriadas.

Ya es tiempo de que hagan un pacto con la vida. De tanto estarse revolcando, de tanto ruido, solo quedan estos bultos inmundos, estos híbridos de silicona y carne jadeante y húmeda.

Confieso que a veces me gustaría jalar el gatillo de una vez por todas.

Al final del día es duro darme cuenta de lo que he hecho. He apoyado a unas locas descerebradas. Sí. Ahora me percató de algo insoportable. He colaborado en la creación de monstruos, en toda la extensión de la palabra. ☹

Que el periodismo es literatura bajo presión se ha escrito en casi todos los periódicos. Cientos de libros son el resultado del trabajo de algunos memoriosos que se van a los archivos de prensa a desenterrar letras dignas de mejor molde. Poco a poco *Universo Centro* ha comenzado a mezclar el papel deleznable de cada mes con el lomo grueso de algunos libros. No somos casa editorial pero tenemos en ciernes varios proyectos libresco con aliados de ocasión, socios y amigos. Van en hoja de periódico los adelantos de tres de esas tentativas que estarán entre pastas antes de fin de año. Disfruten las pruebas sobre barrios, fútbol y una ciudad con memoria fúnebre.

Encarecimiento de los que carecieron de barrio

por EDUARDO ESCOBAR

Fotografías: Juan Fernando Ospina

No sé si me perdí algo bueno o si fui privilegiado por la suerte de no haber vivido nunca de veras en un barrio. Pero la cosa es que nunca viví en eso que encierra la palabra de origen árabe encargada de nombrar las afueras de una ciudad. Los primeros años, que según dice el rumor de los aficionados a hacer metáforas son fundamentales en la formación del carácter, los pasé entre dos casas en Envigado: la de mi bisabuela, una casa grande de cuartos en galería, a una cuadra de la plaza, donde después abrieron el almacén Ley, y la de mis padres, mucho más pequeña y luminosa, que tenía el encanto del fantasma de una niña de catorce años y medio que a veces se manifestaba por medio de una luz brillante como una estrella caída y planeaba por el solar entre la raíz del papayo y la fronda del limonero.

La casa de mi bisabuela estaba pintada de un granate de sangre vieja. Aromaba a azaleas, café, cacao y humo de veladoras votivas de ricino, y a veces la invadía el tufo blandengue de la letrina de cajón. Mi bisabuela tenía un gato, que yo traté de ahorcar muchas veces, sin crueldad, por una precoz inclinación a la ciencia, para averiguar qué tan cierto era que los gatos tienen siete vidas. No saqué nada en claro más allá de unos arañazos que no se me infectaron como quizás lo merecía. Pero me gané el odio eterno del gato, que me cogió pavor. Como es apenas *gatural*.

Yo no crecí en un barrio. Yo crecí entre casas, en un laberinto de casas que me es imposible reseñar, porque mi familia trashumante siempre estaba cambiando de casa y porque se me confundían como si fueran una sola casa plástica que cambia de forma con los años, según se van maleando los recuerdos.

A veces las casas estaban en un barrio. Como la que habitamos mis padres, mis dos hermanas y yo en Armenia, Quindío, en un barrio pobre, según ó decir, el barrio obrero, frente a un cementerio cundido de malezas cuyo silencio no me inquietaba, y donde jamás vi entrar un muerto en andas de un montón de personas con cara de "yofufui" ni salir un vivo silbando, estrenando zapatos y atusándose el bigote. Las calles eran anchas y destapadas, pero yo nunca les pisé los terrones porque jamás me dejaban salir más allá del antejardín, de modo que la idea de barrio, del barrio propiamente dicho, fue una ilusión lejana, una abstracción, un paisaje remoto que no me incumbía, un reguero de techos de barro o de cubiertas de cinc. A veces una nube de polvo doblaba una esquina, a veces el escándalo de un aguacero formaba un río rojizo y turbulento que corría pegado a las paredes haciendo gorgoros y arrastrando barcos de papel. Yo nunca pude hacer un barco de papel decente. Pero estamos hablando de otra cosa.

Mis padres, a pesar de las penurias evidentes del hogar, estaban convencidos de que nos corría por dentro una sangre azul espesamente católica, apostólica y romana, y no compaginaban con el populacho del vecindario, con sus radios altisonantes y sus malos modales, sus modas y sus mascotas. Ambos detestaban las mascotas como posibles vectores de enfermedades y problemas. A mi padre que era flaco como un cepillo de dientes le gustaban las zarzuelas, *La boda de Luis Alonso* le encantaba, y las arias de las óperas italianas, la basura técnica de Paganini y *El sombrero de tres picos* de Manuel Falla. De modo que tomaba la música popular como una ofensa. Las rancheras y todo eso, y los tangos, propios de putas y de borrachos. Mi padre era abstemio radical. Pero sobre todo los merengues y los porros le parecían bullicios de vidas desarregladas. Cuando comenzaban a sonar, escondía la cabeza bajo la almohada con el miedo de alguien que se siente desgraciado.



Mi padre coleccionaba antigüedades. En cajas de cartón, encima de los escaparates, debajo de las camas. Lujos tallados en cedro, cristales de Bohemia, floreros azules en camas de paja. Para cuando pudiera cambiar la casa por una mejor. Cuando al fin lo consiguió, me confesó que ya no valía la pena, que sus pianos y sus exhibidores de sándalo ya no le sabían a nada porque lo habían cogido viejo.

Jamás me lo dijeron, pero a mis padres se les notaba que se sentían distintos aunque les costara mantener a sus hijos calzados y sin mocos verde pálido sobre los labios, como los que lucían los hijos de la montonera, de los seres comunes y silvestres, con quienes apenas trataban, a quienes distinguían con el saludo de una remota cortesía: mi madre levantando un poco el velo de humo del sombrero fúnebre y mi padre con una inclinación somera de la pequeña cabeza de mono.

Mis únicos amigos eran unos gusanos y un perro muy grande color miel llamado Pipa, o que yo nombré Pipa, que venía a visitarme para recibir el pedazo de panela que yo robaba para él y que él consumía con inmensa dificultad porque tenía tan largas las orejas que temía comérselas y debía esparirlas del plato con enérgicas cabezadas. Qué orejas más tristes. Y qué triste como se marchaba después dando zancadas de perezoso, no sin antes dirigirme una sonrisa amarilla con todos sus dientes, largos y gastados.

Los gusanos, por su parte, vivían en unas matas de anís en el solar, frente a la cocina abierta. Eran anillados en verde y negro, y yo los estimulaba con una espiga del pasto para obligarlos a sacar las diminutas antenas color papaya, blandas y parsimoniosas, y a expeler el olor característico de papaya podrida.

También tuve un enemigo: una novilla sin cuernos de un blanco sucio con manchas color vino que entraba en el antejardín a pisotear los claveles y que yo echaba a patadas, sin odio, como si cumpliera un deber policial, como si contribuyera de ese modo a mantener el orden de la casa y la familia.

Allí viví el 9 de abril. De la fecha conservo unos recuerdos que he intentado poetizar en vano. Veo pasar unos raudos automóviles llenos de desaforados

agitando banderas rojas, desgañitándose, los ojos rojos brotados y las lenguas rojas colgando hasta el pecho como corbatas rojas; veo unos furtivos personajes incoloros cruzando el jardín bajo grandes fardos de telas, botines del saqueo; veo a mi padre cuñando puertas y ventanas con el mobiliario, y a la sirvienta, Otilia, una mulata de dientes de oro que mi madre quería como a una hermana, con una expresión de resignación y espanto. Y me recuerdo dando un paseo con mi padre por el centro de la ciudad convertida en cenizas después del zafarrancho que siguió a la muerte de Gaitán. Mi padre era laureanista de misa dominical. Y compró en el baratillo de los despojos un búho de fundición del que estubo muy ufano hasta que tuvo que venderlo en uno de esos callejones económicos que parecían complacerlo. Eso fue su vida: atesorar para dilapidar. Enamorarse de cosas que terminaban en la prendería.

Ahora que lo pienso, viví en un montón de barrios pero los viví al modo del dormido. Como un marginado. Sin participar en sus movimientos más que de lejos. Después de Armenia, de donde mis padres se fueron aterrados por el incendio, viví en Medellín, en el barrio Boston, arriba, en una casa con vista a la quebrada Santa Elena. Desde la terraza contemplaba los patios de las casas vecinas donde las madres despiojaban a sus hijas, de rodillas ante ellas, pacientemente entregadas, cubriéndoles los muslos con las cabelleras cundidas de liendres. Y más tarde viví en el barrio Alejandro Echavarría, porque mi padre consiguió trabajo en Coltejer. Y recuerdo que su primer reloj de pared, pues ya comenzaba a aficionarse a los relojes, me producía una admirable sensación de seguridad que resultó transitoria, efímera. Porque por una crisis nerviosa, quizás desencadenada por la falta de sufrimientos, mi padre fue internado en la recién fundada clínica Los Angeles, donde un doctor Jaramillo le partió la columna en seis pedazos con unos choques insulínicos aplicados a la topa tolongra en compañía de una enfermera borracha. Y echaron a mi padre de Coltejer. Y la familia partió a Bogotá con una magra indemnización que mi madre consiguió después de batallar

como una fiera con los fieros abogados del "primer nombre en textiles".

Mis padres debían creer que cambiando de ciudad engañaban a la pobreza. Pero la pobreza es paciente, incisiva y pegadiza, y no se deja despistar con un trasteo. Y nos siguió hasta Bogotá, hasta Teusaquillo, que aunque figura con el nombre de barrio en los mapas de la capital, no sé si tengo derecho a considerarlo como un barrio propiamente dicho, hasta hoy, que sigue siendo el mismo conglomerado de casas de aire europeo rodeadas de pinos ahogados en follín. Cerca del húmedo apartamento con el entresuelo cundido de babosas, donde mi madre abrió el Salón de Belleza Miami mientras a mi padre se le soldaban los huesos, había dos parquecitos descuidados, sombríos, alrededor de los cuales se había instalado una colonia judía. Me gustaban los suspiros del trolley y el chisporroteo de las cargaderas en las intersecciones. Pero eso no hace un barrio, ni mucho menos. En la esquina había una tienda donde yo compraba las revistas de Hopalong Cassidy y Roy Rogers. La pequeña Lulú y los Halcones negros.

A falta de amigos en esas calles vacías, y a modo de ensayo de fuga de la tutela de los padres opresivos, a veces me iba con mis diez años a ver el ave paraíso que había en una vitrina en la Quinta de Bolívar. O me metía en el Museo Nacional a una exposición filatélica financiada por la embajada de Inglaterra. Allí tocaba siempre el helado aerolito de la entrada aprovechando el primer descuido del guardia. Y jamás dejé de visitar el hacha con que matoral al general Uribe Uribe. De regreso a casa me daba una vuelta por el parque Brasil, me emborrachaba en el carrusel destartado, apedreaba un pinche y fingía comerme el supuesto despojo para espantar al policía.

Ya empezaba a convertirme en un muchachito muy raro que quería ser santo pero no paraba de masturbarse y quebraba adrede los vasos para ponerle un poco de emoción a la vida. Y entonces me fui al seminario. A hacerme santo. El seminario era lo más distinto a un barrio que se pueda imaginar. Y sobre todo ese seminario en Yarumal bajo un cielo negro como el ala del gallinazo.

Fui privado por la suerte de la suerte de conocer un barrio con todas las

de la ley, es decir, una organización definida por una iglesia mastodóntica construida con bases de empanadas, con una carnicería atestada de cadáveres de jóvenes vacas, una tienda de abarrotes atendida por el hijo albino de un alcohólico, un salón de billares que escupe tangos desde que amanece, una escuela con una campana que parte el día en porciones iguales como si fuera una torta, una parada de buses y un peladero que hace de cancha de fútbol, cuyos linderos marca una quebrada por donde bajan periódicos muertos, perros podridos, zapatos noños, ollas rotas y harapos que cabecean contra las piedras. Porque eso es un barrio, me digo, aunque soy un lego en barrios y apenas vine a conocer el alma de un barrio a partir de cierta clase de literatura que siguió al nadaísmo, escrita por jóvenes de Medellín y Cali: Helí Ramírez, Juan José Hoyos y Óscar Domínguez, entre otros. Jóvenes escritores que se hicieron viejos rememorando partidos de fútbol entre equipos de camajanes y noches de amigos en la esquina mal iluminada donde fumaron el primero cigarrillo y le dieron el primer beso a una novia el mismo día que estrenaron bicicleta.

La cosa puede expresarse mejor de este modo: aunque mi familia como casi todas las familias modestas de esta república modesta a veces debió habitar en barrios, yo no conocí los barrios, pues mi madre mantenía cerradas las ventanas de sus casas. Porque mamá consideraba que la vida era peligrosa y estaba plagada de tentaciones innobles, y mantenía a sus hijos al margen de los riesgos del mundo, el demonio y la carne, los extraños, los negros, los gitanos y los curas, pues aunque era católica como la que más, también desconfiaba de los curas y le parecía que estaban equivocados en un montón de cosas.

El encierro perpetuo me obligó a crecer dedicado a los interesantes menesteres de vigilar, en busca de un modelo, la gravitación de las pequeñas galaxias que forma el polvo en las espaldas de luz que entran por los topes de los postigos; de descifrar la música de la gota de una llave carriada en una secuencia de silencios que aprendí a valorar, tic, toc, tic, tictic. Tictic. Pausa corta. Tic. Pausa larga. Toc. Y que me

hicieron soñar un tiempo con la idea de hacerme músico para inventar el hidrófono, lo cual se me convirtió en una obsesión, en una especie de *hidrolatría*.

A veces me pasaba las tardes entresacando un orden en los floripondios del empapelado. O inventaba paisajes en la humedad de la pared de una habitación abandonada. O escarbaba bajo las piedras de un solar y me embelesaba en las faunas que albergaban debajo, colonias de cochinillas, escarabajos solitarios, pequeñas cucarachas deslumbradas y hormigas que cultivan huertos de hongos entre arrumes de seda barata.

Qué podía importarme la vida de afuera en medio de mis graves ocupaciones. Los gritos de gol de los muchachos de los barrios sucesivos. Los chirridos de los viejos buses que subían por las cuestas de los barrios que habité sin vivirlos. Las mujeres llamándose a gritos entre los balcones. Si era tan interesante, después de todo, sacarse la lengua en los espejos y deambular por las casas herméticas atento a la palpitación de los escaparates, convencido de que los taburetes y las mesas adquirirían vida y danzaban una danza mezquina cuando yo no los miraba. Intenté sorprenderlos en sus actividades secretas, pero tenían reflejos más rápidos que los míos.

A medida que fui creciendo la curiosidad pudo más que la disciplina, y unas pocas veces me atreví a indagar en la vida de los vecindarios. Pero los barrios me rechazaron. Los muchachos de mi edad hedían, eran sucios y vulgares y andaban armados con navajas, escopetas de aire y caucheras. Sus charlas me parecían triviales y toscas. La manera como se celebraban los pedos me asqueaba. Y las cosas que se les ocurrían cuando pasaba una muchacha me inspiraban al mismo tiempo repugnancia y terror. Pero el rechazo me salvó del prejuicio de tantos escritores modernos de la izquierda, la roja roja y la rosa, incluida la rosa Luxemburgo y la rosa mosqueta, que suponen que las gentes del pueblo, la masa, los pobres, son siempre buenos, creativos y simpáticos, y los ricos perversos, ruines y peligrosos. Los pobres ricos. Imagínense.

Cuando pude zafarme de mis padres por fin y la vida exterior se hizo inevitable, preferible en todo caso al ambiente tumultuoso de la casa, vivíamos en Los Ángeles. En Chile con Miranda, arriba de la Basílica Metropolitana de Medellín. Pero Los Ángeles tampoco era un barrio arquetípico, comparado con Aranjuez y Manrique, por ejemplo, barriadas proletarias, o con La América. Los Ángeles no contaba con una iglesia aparatosa y no tenía ese potrero de las primeras alienaciones. De modo que acabé andaregueando por la calle Junín, que además es una carrera, donde hice mis primeros amigos de veras, entre la cocacolería, amigos como el Grillo Pérez, y como Adolfo Echavarría que tenía un hermano barítono, y como Chucho Puerta que era gordo y tonto pero tierno a su modo. Y como los nadaístas que invadieron un día la calle paridial, el Metropol, el salón de billares de Herbert Geithner, las heladerías Astor y Donald y la Santa Clara del sordo Jaramillo y Bambi. Donde iban, con sus amigos de los colegios San José y San Ignacio, las muchachas de la pequeña burguesía que no olían a barrio y que no bailaban en los bazares populares sino en los clubes donde a mí no me dejaban entrar. Bailes sin mucho interés porque en Medellín el baile era una moda, un deber que los muchachos debían cumplir como debían coronar el bachillerato, y no una pasión como puede ser para un muchacho barranquillero que además está enamorado de una burra y no sabe cómo decirselo a su novia la víspera del matrimonio.

Más tarde, Jaime Espinel, apodado 'Barquillo', comenzó a hacer la corte al nadaísmo. Como tesis presentó unos poemas barrocos con pegados de palabras sacadas de algún vademécum encontrado en un basurero, que Gonzalo Arango inmortalizó en *13 poetas nadaístas*, la primera antología del movimiento. Más tarde, Barquillo, que venía de Manrique, olvidó los galimatías de manual de laboratorio y quiso reinventar con mentiras arrastradas el barrio y sus héroes una épica falsa de toreros fracasados, bandidos de media petaca y maricas de poca monta, en una prosa desbocada y atractiva. Hace días estoy pensando que el papel del nadaísmo en la literatura colombiana podría describirse como un coitus interruptus. Porque a nosotros, con las destacadas excepciones de Barquillo y Jotamario, poco se nos daban los barrios que apenas conocíamos. Todos los del primer núcleo de Medellín éramos adolescentes del Centro, sin nexos con el proletariado raso, hijos y nietos de pequeños comerciantes y oficinistas. Amílcar vivió en Juan del Corral, cerca del restaurante La Sevillana, al final de la manga de la llamada Calle del Calzoncillo; Gonzalo Arango, Caracas arriba, cerca de la iglesia de Boston; Alberto Escobar, cerca de la de San Benito, y Guillermo Trujillo, cerca de la de San José. En pequeñas comunidades apacibles sin campo de fútbol ni salón de billares, de modo que solo podíamos encontrarnos en las cafeterías de Junín. Por eso la literatura que intentamos estaba exenta de lo que después llamaron los valores populares, de las reminiscencias de la música popular, de la jerga popular, de las gestas populares. Y hablaba de las miserias espirituales y de las opresiones del hombre civilizado, de bombones y música internacional y del aburrimento soberano y de las fiestas que hacíamos en los apartamentos de nuestros amigos de la clase media.



Para nosotros la poesía estaba en los semáforos, y los protagonistas de nuestros cuentos llevaban en el bolsillo cajetillas de cigarrillos Pall Mall y los dientes de un hijo muerto y se angustiaban bajo un cielo vacío. Tal vez al fracaso práctico del nadaísmo contribuyó la aparición repentina de una cierta literatura que podría llamarse regionalismo ilustrado, o costumbrismo refinado, arraigada en la vida de los pobres de las aldeas latinoamericanas, como la de Juan Rulfo y Gabriel García Márquez, que poco a poco encantaron a la crítica internacional, frustrando entre nosotros la aparición de una auténtica literatura existencial, que hablara de hombres verdaderos, de las angustias de los hombres huecos, de los hombres de paja de las grandes megalópolis que no saben qué hacer con sus vidas, entregados a trabajos inútiles y al ir y venir como muñecos por estas conurbaciones donde los barrios van siendo reemplazados poco a poco por bloques de dormitorios, por aglomeraciones de gentes cebadas con comida chatarra que ven televisión y duermen sin sueños. Y ya ni siquiera maduran sino que se envilecen insensiblemente, sin preguntas, porque además tienen la conciencia estragada. Y en quienes a veces aparece la tentación del suicidio o el crimen gratuito, como la única, la última posibilidad de experimentar emociones auténticas. ☹



El libro de los barrios es un proyecto de *Universo Centro* en convenio con la Secretaría de Cultura Ciudadana.



Línea Confiable 444 10 20 • www.confiar.coop



Novedades editorial Universidad EAFIT



Colección Debajo de las estrellas

Roberto Burgos Cantor, cuentos
Un narrador que persigue a sus personajes con sabiduría para descubrir ese momento crucial en que todo se define en su vida. Sin concesiones, logra construir un andamiaje poético, -música e imagen- para contar lo más duro y prosaico de la vida.



Octavio Escobar Giraldo

Historias que retratan con humor negro, en ocasiones descarnado, situaciones cotidianas de la gente del común, y muestran lo absurdas y hasta ridículas que resultan nuestras pretensiones y decisiones en la vida. Un lenguaje preciso y eficaz caracteriza su prosa.



Colección Rescates

Cartas a Julieta, Gonzalo Arango
Corren los años 50 y un joven Gonzalo Arango le escribe cartas bellas y desoladas a su amor de entonces, una muchachita hermosa de Andes, que se llamaba Julieta González. Este libro nos aproxima a la humanidad del autor y nos deja recordar cómo era ser un adolescente enamorado y sin esperanzas de ser correspondido.



Colección Otramina

Relaciones o cuentas de conciencia -**Santa Teresa de Ávila**-
Con notas e introducción de Hernando Alzate. o.c.d

"Leyendo a Teresa una y otra vez, descubro una fascinación que sobrecoge, unas palabras que quedan resonando en lo más profundo del corazón, unas comparaciones que "no tienen comparación", un anhelo de lo divino que te desborda, una locura que se contagia, un sabor a eternidad que solo te está permitido gustar en esta tierra y me pregunto con Savater: ¿son acaso las buenas escritoras las indígenas de un continente apenas conocido por los varones?".
Herando Alzate, o.c.d.

Estamos en FIESTA DEL LIBRO. Stand A12, CARABOBO en el Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe



Pasala Ricardo, no seás personalista



por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustraciones: SroK

Vine a enterarme de la importancia mundial del fútbol envigadeño recién llegué a Buenos Aires, cuando noté que los equipos del campeonato profesional argentino habían copiado sus nombres de los equipos de mi pueblo: San Lorenzo, River, Boca. Con esos equipos (los originales, los que jugaban en la cancha de arenilla del barrio El Dorado) nació el fútbol, el primer fútbol de verdad que vi en persona: partidos con jugadores uniformados, guayos y árbitro vestido de negro con silbato, libretica y tarjetas, en cancha grande con las líneas marcadas, como se jugaba en la televisión, y no como lo jugábamos nosotros todos los días (hasta cinco y seis cotejos diarios) en una calle inclinada, con piedras como arquera y tenis rotos o botas desjarretadas, y hasta zapatos de la primera comunión para estupor de las madres, y con equipos claramente diferenciados por uniformes inconfundibles: uno sin camiseta y otro con ella.

En la carrera 37 entre calles 37 y 38 del barrio Mesa viví mi época gloriosa como futbolista, antes de que mi talento fuera descubierto por Jairo Tabares, el técnico de uno de esos equipos de cancha grande, que me fichó después de verme jugar un desafío contra los de El Guaimaro y me introdujo en el fútbol verdadero, abriendo la senda que me habría llevado directo al profesionalismo si no se hubiera desviado, bajo el influjo de mis terrores ancestrales, por el camino del infortunio.

Ahora es que pienso: para qué me metí en eso del fútbol grande sabiendo que antes de la aparición de Jairo ya éramos verdaderos futbolistas profesionales, si tener profesión es dedicar días y noches enteras (porque en las noches soñaba con partidos) a una sola actividad. Como si antes de Jairo el destino no me hubiera enviado una advertencia clara con la aparición de Hernando, el técnico fantasma.

En esos días yo salía de mi casa a las nueve de la mañana y al voltear la esquina los encontraba a todos ya listos: 'La Chinga', un moreno bajito igualito a Pelezinho y tan calidoso como él, parado sobre el balón; Juanfer, una mole torpe e imparable de piernas blanquísimas y dientes de conejo, que redujo su vida futbolística a esa época porque después nunca a nadie en ningún lugar del universo se le ocurrió ponerlo a jugar en un equipo; Fernando, mono, de ojos verdes, con un carácter mucho más notable que su habilidad física que le bastaba para generar respeto y capitanear un equipo con entereza; y 'Manolete', un chico tímido

(que años más tarde se volvió temible), sin mucha fuerza, pero voluntarioso e incansable buscando el balón. Y luego iban llegando los demás: Ricardo, Luis, José, 'Chepe', Diego, y algunos ocasionales como 'Beto' y su hermano Juan Carlos, que aparecían cuando venían a pasar unos días donde la abuela que vivía en mitad de la cuadra.

Entonces se armaban las arquerías con piedras y Fernando y Ricardo hacían el pico-monto-pico-monto, y se formaban los equipos: yo me voy con La Chinga, entonces yo me quedo con Miguel, yo me voy con Juanfer, y yo me llevo a Manolo, yo voy con Chepe, venga acá Diego. Arrancaba el partido y jugábamos y jugábamos y sudábamos y alegrábamos y nos desgañitábamos: pasala Ricardo, caele Beto, duro Juanfer, ponémela Chinga, dejó de ser personalista Ricardo, chutá Diego, golazooo, eso no fue gol, cómo que no si pasó entre las piedras, sí pero muy arriba, cómo que muy arriba si pasó debajo del travesaño, cuál travesaño ome, listo mijo sigamos que goles es lo que les vamos a meter. Y luego de un partido de tres horas a doce goles, con cambio de arquería a los seis, conversábamos un rato sentados en la acera mientras chupábamos bolis, y después se armaba otro partido con los jugadores intercalados y juegue y juegue, y otra vez corre la Juan Carlos, meliátele Chinga, quitásela Juanfer, Diego Alejandro que venga a almorzar es la última vez que le digo, ya voy mamá, caele Manolo, cruzala Beto, pasala Ricardo no seas personalista, ¡fául, fául!, dejó de ser cochino Juanfer, cómo que cochino si solo fue un taco.

Obvio que todos teníamos el sueño de jugar en un equipo de cancha grande, con uniforme, director técnico y árbitro y jueces de línea y todo. Pero de eso casi no se hablaba, tan absortos estábamos realizando el sueño de jugar el día entero todos los días. O tal vez no nos atrevíamos a soñar en voz alta y pensábamos que eso era para otros, una cosa muy distinta a lo que nosotros hacíamos todos los días: jugar.

Por eso cuando apareció Hernando, el técnico fantasma, todos nos entusiasmos. Nadie supo de dónde salió pero cada uno creía que era conocido de alguno de los otros por la familiaridad con que nos trataba. Después de un partido muy reñido yo había ido a mi casa a llenar con agua una botella de gaseosa, y cuando volví encontré a Fernando y a La Chinga al lado de un señor blanco y alto, de pelo cortico y bien peinado, con la camisa por dentro y los zapatos embetunados; lo escuchaban atentamente y los otros se

iban acercando a hacerle corrillo. Hernando hablaba moviendo las manos, emocionado, como si hubiera encontrado algo muy importante que se le hubiera perdido: "Vamos a formar un equipo de fútbol, aquí hay mucho talento, ustedes tienen mucha madera y sé que podemos pelear el campeonato infantil de la liga de Envigado", decía, y nosotros escuchábamos hipnotizados. Contó que había jugado en Los Naranjos y en San Mateo (insignes equipos envigadeños cuyos nombres fueron de los pocos que se salvaron de ser copiados por el fútbol argentino) y que había dirigido la infantil del San Lorenzo, pero que se había tenido que ir de la ciudad y ahora había vuelto con la intención de formar un equipo nuevo, independiente; que nos había visto jugar varias veces y que con nosotros sabía que iba a ganar el campeonato municipal. El equipo ya tenía nombre: Creaciones Mimí, como se llamaba la empresa de un amigo de él que nos iba a regalar los uniformes, o sea la pantaloneta y la camiseta, porque las medias las ponía cada jugador y los guayos los podíamos comprar entre todos, ahorrando, porque él tenía quien nos los vendiera más baratos al por mayor. Remató diciendo que si entrenábamos juiciosos, en seis meses estaríamos listos para empezar a jugar fútbol de verdad.

Empezamos a entrenar lunes y miércoles, de siete a nueve de la noche, en distintos lugares. A veces en la cancha de La Paloma, otras en un tierrero del barrio San José, de vez en cuando en la cancha de baloncesto de La Merced, e incluso en la mismísima cancha de El Dorado, a un ladito porque ese día había partido. Trotábamos, hacíamos flexiones, pateábamos balones llenos de arena, hacíamos tiros desde lejos y jugábamos pequeños cotejos con arquería grande, en la que los arqueros se podían tirar voladoras. Y a cada entrenamiento todos llevábamos la cuota del ahorro para los guayos, producto de las raciones diarias que nos daban en la casa y que no nos gastábamos en la escuela. Hernando recibía la plata y anotaba la cifra en un cuaderno frente al nombre de cada uno. Entrenábamos soñando con el partido inaugural: nos veíamos caminando con esa prestancia que da la altura de los primeros guayos, como las mujeres cuando estrenan tacones; saliendo del camerino, tocando la arena con la mano y echándonos la bendición antes de entrar sacando pecho, mirando a la tribuna con un ojo y con el otro a los demás compañeros en sus posiciones, con el uniforme limpiecito de Creaciones Mimí. Un mes antes del comienzo del campeonato Hernando llevó las planillas de inscripción y nos pidió foto, y a

la semana apareció con una muestra del uniforme: camiseta roja con cuello azul y dos bandas azules horizontales, pantalono azul con ribetes rojos: era hermoso. No tenía todavía el letrero de Creaciones Mimí porque solo era una muestra.

Al último entrenamiento llegamos felices porque ya todos habíamos terminado de pagar los guayos y ese día Hernando llevaría los uniformes. Pero pasó media hora y no llegaba; pasó otra media hora y una hora más hasta que nos cansamos de esperar. ¿Qué le pasaría?, nos preguntábamos al otro día. Y nunca lo supimos porque nunca volvimos a saber de él. Desapareció como había llegado, como un fantasma.

Pasamos una semana de luto y nadie volvió a la calle. Hasta que las ganas de jugar fueron más grandes que cualquier decepción y sin llamarnos ni decirnos nada nos encontramos otra vez y volvimos a armar el partido con arquerías de piedras, olvidados de la vana ilusión de los arcs grandes. Jugamos con más ahínco que nunca y más partidos que siempre, sin hablar mucho, poniendo toda la energía en el pavimento para enterrar el mal recuerdo con la pasión de una gambeta, con la emoción de un pase preciso, y ponémela Chinga, metete taco Juanfer, persequilo Manolo, pasala Ricardo no seas personalista, chutá Diego chutá y golazoooooooo. Y a veces, cuando el balón se iba lejos y nos quedábamos parados esperando que alguien fuera por él y en ese momento aparecía en la esquina la figura de un hombre mayor, mirábamos atentos, silenciosos, sin decirnos nada, esperando que, después de solucionar sus inconvenientes, Hernando hubiera regresado con una caja llena de guayos y uniformes.

Habían pasado varios meses y ya casi nadie mencionaba a Hernando cuando apareció Jairo Tabares. Le acabábamos de ganar a los de El Guaimaro doce a ocho y yo había metido siete goles. Mientras escurría una bolsa de agua, sentado en la acera, Jairo se me acercó y me dijo que había visto el partido, que él era el técnico de Depósitos La Glorieta y estaba buscando un 10 urgente porque al que tenía lo habían operado de apendicitis: "Pasado mañana tenemos partido y necesitamos solucionar ese problema. Si usted quiere ya está en el equipo, dígame de una vez y lo planillo".

Aunque Depósitos La Glorieta era un equipo de verdad y aunque Jairo era conocido en el ambiente del fútbol y aunque no me había pedido plata, no pude dejar de sentir desconfianza. Pero fui al partido.

Jairo me recibió en el camerino (una caseta con tres baños y dos bancas

largas de cemento) como a una estrella y me presentó a los otros muchachos que se estaban cambiando. Me miraron serios, concentrados, con una certeza sólida de ser futbolistas que me amedrentó; usaban doble media y espinilleras y todos tenían guayos. "Él es el nuevo 10, un calidoso", dijo Jairo, y me entregó una bolsa plástica: "Este es su uniforme. Cámbiese para que empeceemos la charla".

Me hice a un lado y abrí el paquete. Tomé la camiseta con las puntas de los dedos y la saqué para contemplarla: blanca, con una franja amarilla que le cruzaba el pecho, y arriba, en letras negras: Depósitos La Glorieta. Le di vuelta y me impresioné cuando vi, ocupando toda la espalda, casi más grande que la camiseta, el número 10. Miré a los otros chicos, que escuchaban a Jairo como soldados antes de entrar en combate. Sentí un escalofrío repentino, acompañado de una vocécita que salía de ninguna parte: te metiste en la grande. Me cambié rápido y me acerqué cuando Jairo trazaba con tiza, sobre una tabla, varias líneas que definían cómo nos íbamos a mover y qué jugadas íbamos a hacer. Entonces caí en cuenta de que nunca había jugado un partido con planes ni esas cosas, ni con más de cinco compañeros de equipo, y en cancha grande.

No recuerdo lo que dijo Jairo en esa charla porque no puse atención. Yo ya estaba en otro mundo. Terminó de explicar la estrategia, miró su reloj, nos dio un grito de ánimo y nos mandó a la guerra. Al entrar en la cancha toqué el suelo de arena con la mano derecha y me eché la bendición, pero el gesto no fue tan glorioso como me lo había imaginado y lo sentí más bien como el rito previo a la ceremonia de mi sacrificio. Troté sobre el campo incommensurable, al fondo del cual se alcanzaba a ver la arquería del equipo contrario como un barco asomándose en el lejano horizonte. Casi empujando por un compañero llegué al punto central donde esperaba el árbitro.

Sonó el silbato y patió el balón, más con el deseo de deshacerme de él que con la idea de hacer un pase; pero el compañero me devolvió el servicio y volví a quedar con la pelota. En ese momento supe que había empezado el partido. Alcé la mirada buscando a La Chinga o a Fernando o a Diego o a Juanfer o incluso a Ricardo, aunque fuera tan personalista, pero solo hallé rostros serios de niños adultecidos, vestidos igualitos, con la actitud ansiosa y pesada de la gente responsable. Chuté en dirección a cualquiera que tuviera una camiseta igual a la mía y el disparo me salió como un chorrillo sin fuerza que fue a parar a los pies de un contrario. Oí los gritos de reproche y un desánimo paralizador me cayó de sopetón mientras la vocécita de ninguna parte repetía: ¿Qué estás haciendo acá? Me dije que solo se trataba de un mal momento, que ninguno de esos chicos era mejor que yo. Pero cuando había inventado un poco de ánimo el balón volvió a caer en mis pies y al mirarlo quedé aterido, como un animalito obnubilado por un reflector, y chuté como fuera y a donde fuera. De ahí en adelante me dediqué a correr por toda la cancha buscando los lugares por donde no estuviera la pelota, mientras oía como en un eco lejano voces extrañas: "¡Rivas, despertá!", "¡Atembao, ayudá!", "¡Rivas! ¿Qué estás haciendo?!" Y luego corrí evitando no solo el balón sino también a mis compañeros de equipo, buscando la cercanía de los contrincantes, gente que no esperaba nada de mí, con la que me sentía un poco más seguro, menos incomprendido.

En el momento más agudo del aturdimiento una defensa de Depósitos La Glorieta hizo un potente rechazo que cayó cinco metros adelante de mí (el único del equipo en campo contrario), y escuché la voz desgañitada de Tabares: "Es tuyo, Rivas, está hecho". El grito me punzó como un chuzo y corrí como un autómata, alcancé el balón sin pensarlo y avancé con él kilómetros y

kilómetros hasta que vislumbré, como entre brumas, el inmenso rectángulo bajo el cual se guarecía una pequeña criatura, y patió con todas las fuerzas de mi vida para deshacerme de una vez por todas de ese maldito balón, y seguí corriendo sin importarme adónde había ido a parar el tiro y crucé la línea final sin discernir qué decían los confusos gritos a mis espaldas, y pasé la pista de atletismo y subí los primeros escalones de la tribuna y seguí corriendo sin parar por las calles del barrio El Dorado y por las del barrio Mesa y llegué a mi casa y me encerré en la pieza a llorar avasallado por un sentimiento en el que se mezclaban el peso de la derrota y la liviandad de la libertad.

No salí de la casa durante tres días y me demoré meses para volver a pasar por los alrededores de la cancha de El Dorado. A mitad de semana tocaron la puerta. —Doña, ¿Miguel está?

Y yo le hacía señas a mi mamá desde debajo de la cama, moviendo el dedo índice a lado y lado.

—No, como para qué sería.

—Es que es a ver si nos devuelve el uniforme porque ya tenemos el reemplazo pero necesitamos el uniforme.

—Él no está, pero apenas llegue le digo.

El niño regresó a los dos días y después mandaron a otro y a la semana siguiente otro más hasta que se cansaron, y yo nunca devolví el uniforme. No era que quisiera quedarme con él sino que no era capaz de devolverlo. Y cuando por fin me decidí a hacerlo ya el campeonato se había acabado. Nunca lo volví a tocar y estuvo muchos años guardado en el fondo del cajón de la ropa.

Cuando volví a la calle y los amigos me preguntaron cómo me había ido, les dije que muy bien pero que me había aburrido y no iba a volver, que no había como el fútbol de nosotros. Pero algo se había roto dentro de mí porque nunca volví a jugar como antes, del todo, con la plena inconsciencia de no saber qué era eso que hacíamos ni cómo se llamaba, o

si servía para algo más que para lo que lo hacíamos. Y luego todos crecimos.

Solo treinta años después volví a jugar con una pasión parecida, en los partidos que organizaban los compañeros de la empresa para la que trabajaba. No eran en la calle sino en una cancha sintética por la que había que pagar (pagar por jugar!) y en la que solo se jugaba dos horas porque el tiempo era contratado (¡el tiempo era contratado!) y nuestros físicos atrofiados tampoco habrían dado para más. Jugaba a muerte, como cuando tenía nueve años, transportado a una dimensión sin tiempo ni espacio, sin clientes ni proveedores, sin amores contrariados, sin fin de mes ni sobregiros ni arriendos, cruzala César, corre la Carlos, marcalo Manuel, pasala Roberto no seas personalista. Y en cada encuentro semanal dejaba la vida, la única vida realmente mía, porque la que me esperaba al salir de la cancha le pertenecía a una serie de amos implacables. Pero sumido en esa pasión mística olvidaba los límites de mi cuerpo y le exigía esfuerzos ajenos a su naturaleza y a las leyes físicas, hasta que un día me rompí los meniscos con un solo traquido y no pude volver a jugar.

Hoy, a kilómetros y años de esos partidos de empresa, y más lejos aún de los cotejos de la calle, escribo esto para jugar a pesar de los meniscos y como una manera de restituir el uniforme de Depósitos La Glorieta. ☺

El libro de los 85 años de la Liga Antioqueña de Fútbol, editado por *Universo Centro*, circulará desde el 5 de noviembre.



Muertos CERCANOS

Muertos cercanos es el resultado de un interrogante: "¿Quién es la persona asesinada más cercana a usted?". Se trata de una pregunta que Kateryne Atehortúa y yo les formulamos a unos doscientos amigos, conocidos y desconocidos en Medellín durante 2009 y 2010. La pregunta surgió de la investigación para mi libro *Medellín: Tragedia y Resurrección*. Era una pregunta entre muchas otras. Sin embargo, cuando descubrí que la mayoría de los entrevistados decían tener personas cercanas que habían sido asesinadas, que sus respuestas eran en general inmediatas y muy directas, y que

casi nadie se negó a responder, entendí que la pregunta provocaba respuestas que revelaban algo profundo e íntimo sobre el trauma vivido en la ciudad. Entonces decidí que valía la pena realizar una publicación independiente con las respuestas a esta pregunta.

Walter Kempowski ya había mostrado el poder revelador que una pregunta específica puede tener respecto a determinados hechos de un período histórico. En 1973 reunió, en un libro relativamente corto, las respuestas a su pregunta "¿Usted ha visto a Hitler?", formulada de manera aleatoria en Alemania a decenas de personas. Al trabajar en Medellín recordé ese libro y volví

a leerlo. Me pareció que no había perdido nada de su capacidad reveladora del vínculo entre Hitler y los alemanes, no obstante el carácter asistemático de su estudio de opinión.

La metodología de *Muertos cercanos* tiene mucho que ver con la aplicada por Kempowski. Nuestro tema (la relación entre los medellinenses y la intensa violencia vivida en la ciudad) y el contexto (un régimen democrático) son, sin duda, radicalmente diferentes. Además, nuestra pregunta es más directa. Su aspecto más revelador es, en primera instancia, la simple constatación de que hay muchas personas de Medellín que, sin tener que pensar,

pueden mencionar una persona cercana que ha sido asesinada.

Comunicar la dimensión o el impacto de la violencia en números o tasas de homicidio es un ejercicio importante para los expertos, pero, para muchos otros, no permite realmente palpar la gravedad de una situación. En un período de treinta y cinco años (1975-2010), Medellín sufrió alrededor de noventa mil homicidios. Más allá de la frecuencia con la que estas personas responden de manera afirmativa a la pregunta, son reveladores y dolorosos el contenido y la forma de las respuestas.

Gerard Martin



Muertos cercanos.
Gerard Martin y Kateryne Atehortúa.
La Carreta Editores – Universo Centro, 2015.

Mi tía. A ella la mataron por robarle. Todos íbamos juntos, cuatro primos, a acompañarla siempre hasta la casa, porque todos trabajábamos en un restaurante todas las noches, hasta las cuatro de la mañana. Ese día había dos tipos y ella como que supuso y nos dijo: "Ey, muchachos, ¿no será una trampa?". Un primo dijo: "No, tía, ¿quién dijo? Por aquí no pasa nada, por acá nos conocen". Lo que decía mi tía era verdad. En una esquina había un tipo haciéndose el que vomitaba y en la otra esquina, en la reja de un negocio, había otro con un fierro, con un revólver. Se nos arrimaron, se pusieron pasamontañas y nos dijeron que ese era el día de todos nosotros. Yo estaba asustado, pasmado, yo no hablaba, pensé que me iba a morir. Mi tía tenía el delantal y allí la plata. Los manes le quitaron el bolso y se alejaron. Como que miraron y, en ese momento, mi tía sacó una plata que le quedaba en el bolsillo. La mataron delante de nosotros y salieron corriendo. A nosotros no nos hicieron nada. En el barrio El Salvador, en Apartadó, región de Urabá encontraron el bolso. Estuvimos cuatro días en la estación de policía mientras nos investigaban. Incluso, éramos supuestos cómplices, porque además no se habían robado esa última plata tampoco. Pero nosotros no fuimos.

(Hombre de 22 años, asistente soldador y cerrajero, barrio La América)

Muchos. Hubo muchos, y de pronto algo que sí me dolió fue la muerte de un artista, un cantante. Él salió del cumpleaños de una tía y un pelao de esos de por acá lo mató. Le decían Colacho, tenía dieciocho años y una muchacha estaba esperando un hijo suyo. Eso es duro porque era alguien que hacía algo por la cultura de uno, sacaba a los jóvenes de la violencia para que hicieran un arte, cantaran. Y eso es muy duro.

(Hombre de 25 años, músico, barrio San Javier La Loma)

Un amigo. Directamente, como que hayan matado a un amigo o a un familiar, no me ha pasado. El único ser cercano y querido que he llorado es un amigo que murió hace tres años, pero fue porque él tomó la elección, se suicidó. Yo te podría hablar de la violencia en Medellín más desde mi percepción como alguien que estudia desde las ciencias sociales que como una víctima de esa violencia.

(Hombre de 30 años, filósofo, barrio Carlos E. Restrepo) ☺

Muertos cercanos es una coedición de La Carreta Editores y Universo Centro. Circulará en La Fiesta del Libro.

Un personaje público. La muerte de la persona más cercana a mí que no es ni familiar, ni cercana, pero que me afectó mucho me tocó presenciarlo, fue el asesinato de Héctor Abad Gómez, el líder de los derechos humanos en esta ciudad. Ocurrió en 1987. Yo tenía veintinueve años, salí de cine en el teatro Libia y subía en ese momento, en automóvil, por la calle Argentina hacia la carrera Mon y Velarde, cuando presencié el asesinato. Vi caer a un señor de edad y luego vi también a una señora a su lado. Me conmovió demasiado ver la escena. Luego, cuando me bajé del carro, y antes de que llegara todo el corrillo y todo lo que se desató, con los organismos de seguridad y todo lo que implica esto, fui a ver a esa persona en el piso, con su traje impecable, sangrando, y a la señora aturdida. Me dije: "Pero, ¿cómo se les ocurre matar a un anciano? Si matan a un anciano, son capaces de matar a un niño, a cualquier otra persona". Imagínese el impacto cuando después resultaba que ese anciano era esa persona honorable, ya de edad, y la otra persona era una compañera de trabajo, una maestra. Es una historia terrible de lo que han representado para mi generación los asesinatos y la violencia en Medellín.

(Hombre de 50 años, historiador y administrador cultural, barrio Prado)

Mi hermano. Por desgracia, hace veinte años un vicio lo cogió a tiros en la calle. El problema no era con él, porque el vicio iba por las calles así, todo loco, disparando. Le pegó un balazo por la espalda, lo llevaron a cirugía y allí murió. Los del sector dijeron que había sido un tipo todo trabado que andaba por ahí peleando con otros, todo loco, por ahí en los vicios. Mi hermano en ese entonces tenía 33 años, vivía con la señora, dejó una niña y trabajaba la construcción.

(Hombre de 44 años, oficios varios, Bello)

Cercano, no. Pero en la finca donde trabajé con mi esposo mataron a ocho. Eso fue hace siete años. En los límites de Medellín y Copacabana. Era una gente que venía a alquilar. No sabíamos quiénes eran, simplemente se les alquiló parte de la finca. Una noche vinieron por ellos. Eso fue terrible, pero nosotros nos salvamos. Nos dejaron vivir, pero nos fuimos y nunca más volvimos. Mi esposo todavía está nervioso y muchas veces no puede dormir.

(Mujer de 52 años, agricultora, municipio de Jericó)

Mi tío y mi exnovia. Mi tío murió hace más de veinte años. Cuando estábamos en Semana Santa nos dieron la noticia de que lo habían matado, a bala, en el barrio Buenos Aires. Él era mecánico. Digamos que era mi ex novia, pero estábamos en un proceso de volver a conversar, de sentarnos después de mucho tiempo a hablar, y quedamos de vernos un lunes. Yo llamé el domingo a confirmar esa cita y me dieron la noticia de que la habían matado. Hasta ahí llegué. No sé qué le pudo haber pasado, nadie sabe. Claudia tenía en esa época diecinueve años. Eso fue hace más de quince. Era la mujer más trabajadora de este mundo. Era de esas mujeres a quienes no les gustó estudiar en la vida, pero le gustaba trabajar.

(Hombre de 36 años, historiador y bibliotecario, barrio Prado)

Vecinos. No tengo ninguna persona cercana asesinada, pero vecinos sí he visto. A veces menores de edad, a veces mayores. Se involucran en problemas raros, con drogas, o se meten en grupos armados. Vivo en San Javier, pero no en la parte más malquinta. Se sabe de varias cosas, porque es cerca de barrios que son muy pesados de ambiente. ¿Pero que haya personas cercanas a mí asesinadas? No.

(Mujer de 19 años, vendedora de calzado en el barrio Belén)

Mi abuelo. Se llamaba Félix Antonio Gómez Mazo. Lo mataron cuatro hombres atracadores, cuatreros del barrio Machado en Bello, hace ya unos veinticinco años. Recuerdo que él salía con sus dos yeguas cargadas con tinajas de leche a venderlas allá en ese barrio. Un día los asaltantes lo emboscaron, pero él actuó rápidamente. Sacó su pistola o su revólver y mató a tres. El cuarto, aprovechando el susto y el espanto, le pegó un garrotazo y le quitó el arma. Con la misma asesinó a mi abuelo, aunque agonizó durante ocho días. Los disparos eran en la cabeza. Se dice que un asesino nunca quita una vida con arma ajena. Pero si el destino lo llevó a cometer un asesinato, por esa vida que quitó, pone a cuatro almas en pena. El asesino, de apellido Moncada, pagó veinticinco años en la cárcel Bellavista.

(Hombre de 32 años, profesor, municipio de Bello)

#MDE15

SOMOS

MDE15

ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ARTE DE MEDELLÍN

HISTORIAS LOCALES / PRÁCTICAS GLOBALES

OCTUBRE 2015 MARZO 2016

Facebook · Twitter · Instagram

museodeantioquia.co

Un proyecto:

En asocio con:

EPM propiciará espacios de **diálogo y conversación con candidatos a cargos de elección popular en Antioquia** para conocer las realizaciones, la visión y la estrategia de la empresa en función del bienestar y la calidad de vida de los antioqueños.

Para el caso de Medellín, los conversatorios se realizarán de 2:00 p.m. a 4:00 p.m. en la **Cinemateca de la Biblioteca EPM** en las siguientes fechas:

- 15 de julio • 29 de julio
- 12 de agosto • 26 de agosto
- 9 de septiembre • 23 de septiembre

Para el caso de las regiones estas son las fechas y los lugares definidos:

- Urabá (22 de julio)
- Magdalena Medio (5 de agosto)
- Ituango Norte (19 de agosto)
- Oriente (2 de septiembre)
- Ituango Occidente (16 de septiembre)
- Norte (25 de septiembre)

¡Agradecemos y valoramos la participación de las personas interesadas!

Innovando al servicio de la gente

Mascotas

por LIZETH LEÓN

Ilustración: Elizabeth Builes



Cuando yo nací, Bogotá era ya una ciudad y La Candelaria el propio centro en lugar de un confin. Los adultos no podían andar más de una cuadra sin alegar que “esto era un potrero” o “aquí quedaba una laguna” y que la ciudad estaba jodida, muy jodida. Las mamás cocinaban, los papás trabajaban, los niños se gastaban la plata en maquinitas, las niñas jugaban Champú. Las familias tenían perros, las abuelas gatos vagabundos, las tías pájaros, y los vecinos educaban loros. Los perros eran casi siempre callejeros, de nombres como Trotsky, Princesa o Motas, los gatos arañaban y daban miedo, los pájaros canturreaban en las mañanas y los loros sabían decir “hijueputa”. Pero yo no tuve perros ni gatos ni pájaros ni loros. Cuando el campo ya quedaba lejos, tuve cuarenta gallinas.

Cuarenta gallinas en una casa de La Candelaria, entre el brevo y el cerezo y la hierbabuena y el romero y la enredadera y el saúco y las uchuvás y el llantén. Cuarenta gallinas y cuatro patos en el solar, después del patio y junto a la casa de los gnomos, porque mi casa es una matrioska de ladrillo con una casa más pequeña en su interior. En la casita, que es una habitación, vivía Doña Angelita: una vieja de ojos verdes, dulce y pequeña, que tomaba changua en las mañanas en un pocillo de flores que giraba y batía antes de cada sorbo.

Cuarenta gallinas rojas, cafés, blancas, rebosantes de plumas, gordas y bulliciosas a las que yo enseñaba a leer mientras empollaban huevos. Aquí la a, aquí la c, diga kokorokó, usted por qué no hizo la tarea. Cada una tenía cuaderno, nombre, expediente. Cuarenta gallinas y cuatro patos que entraban peinados y en fila a clase y que a la hora de leer se desordenaban y revolvían la comida sin control. Entonces me transformaba en una maestra estricta, regla en mano golpeaba el tablero: a ver Josefina, qué dice acá. Vocalice, mijita, que no se le entienda nada. Reglazo. Cuac cuac cuac cuac. Reglazo. Los patos andaban en fila como bebés con piernas de alicate. Reglazo. Las gallinas miraban el tablero, miraban arriba, miraban abajo, miraban la regla, miraban los patos, miraban el brevo, miraban la casa de Doña Angelita, miraban el patio, miraban los cuadernos, miraban las letras, miraban los árboles, miraban la enredadera, miraban el tapete de llantodebebé, se miraban entre ellas, miraban

a la profe. Dispersas, dispersas, dispersas, dispersas. Reglazo. Tensas, tensas, tensas, tensas. Reglazo. Cuac, cuac, cuac, cuac. Reglazo. Me subía la ira del profesorado. Reglazo. Los patos hacían charcos de agua. Reglazo.

Después de las clases algunas lograban dejar el corral para correr con esa calma zen de las gallinas que siempre parecen a punto de volar. Y volaban, digamos. Volaban como los aviones de papel que hacíamos con mi hermano: bajito, poquito y mediocre. No era un vuelo sino el aleteo torpe de la caída. ¿Y qué hacían cuarenta gallinas y cuatro patos en el solar de los León Borja, tan lejos del campo y tan cerca del Palacio de Nariño? Producir. Las gallinas ponían huevos doble yema, gigantes, deliciosos. ¿Y los patos? Comer, comer para engordar y algún día producir. Comer para algún día ser comidos. Todo un emporio avícola cuya virtud fue producir más en la cabeza de mi padre y en los anhelos de mi madre que en la realidad del solar. Ese era el rebusque planificado de un andariego capitalino –papá periodista, dos viajes a Europa– y una campesina tolimense hija de campesinos que una vez vio al Diablo y a la Virgen de Chiquinquirá.

Pero los huevos se vendían, sí. En la tienda de Doña Lucía que entonces era de Doña Rosa, en el mercadito de Don Alvaro, en la carnicería de la loma. Otros se quedaban para la casa: los huevos fritos de mis desayunos, los huevos con arroz y atún de mi hermano, los huevos de la changua de Doña Angelita, los huevos para la torta de espinacas de mamá, los huevos tibios –más bien crudos– que hacía papá. Un idilio de yemas cremosas, amarillentas, almíbares salados, y claras tostadas, batidas, espumosas. Comimos huevos hasta que dejamos de tener gallinas, y tuvimos gallinas hasta que dejaron de comprarnos huevos. Lógicas de mercado.

El día que dejamos de vender huevos mi papá vendió los patos. Porque olvidé decir que mientras las gallinas ponían huevos para medio barrio, los patos comieron y crecieron como nadie pensaba que un pato para la venta, en la ciudad, podía crecer. Fuimos incapaces de sacrificarlos, algo los queríamos; pero el amor no es más fuerte, es el hambre. En Paloquemao comenzó el tanteo, y allí se quedaron. ¿A cómo los patos? A tanto. ¿Los va a llevar? No, tengo cuatro para vender. ¿Y a cómo los vende? A tanto con tanto porque

son más grandes que los que usted me vende a tanto. Mi papá encapuchó a dos, los vendió, y plata en mano se encargó de cerrar el negocio llevándose a los dos restantes. No más patos en esta historia ni en el solar ni en las clases de lectura. Cuatro patos que sabían leer, la mejor educación que un pato haya podido recibir; ni siquiera el patito feo que se convirtió en cisne era capaz de leer el cuento sobre el patito feo que se convirtió en cisne. Los míos sí. Cuatro patos lectores en la plaza de Paloquemao.

Basta de lágrimas. Dejamos de extrañar a los patos con la siguiente tanda de huevos; aunque un día los huevos mismos fueron insuficientes. ¿Y ahora? ¿Vender las gallinas? Imposible. Matemosa una. ¿Pero cómo? Yo le digo cómo. En la esquina de la casa se plantaba Mercedes, Merceditas, la viejita de los aguacates y los mamoncillos y las frutas malas que botaban en Paloquemao –donde algunos patos sabían leer. Mercedes, Merceditas, campesina morena y recia, de trenzas blancas, negras, blancas con negro, saco azul y delantal. Mercedes, Merceditas, mamá de Inés, abuela de dos muchachitos. Mercedes, Merceditas, la que quería a papá por comprarle aguacates sin pedir rebaja y a mamá porque, cuando se enloquecía, le regalaba a Inés y a los niños toda nuestra ropa. Mercedes, Merceditas, la que me llamaba niña carlitas, porque la hija de Don Carlos es muy hija de su papá. Mercedes, Merceditas, no me diga niña carlitas. Como su mercé diga, niña carlitas.

Mercedes, Merceditas, sabía matar gallinas. Deje mi hija que yo voy el jueves y le enseño cómo es que siace. Y así fue. Mercedes, Merceditas, llegó a las cinco de la tarde, cuando el sol escaseaba en el patio y las gallinas se adormilaban. Pasó derecho por la cocina, salió al patio, entró al solar. El cuento, mi hija, es muy sencillo. Vusted elige gallina y la deja tomar confianza; la corretea por todo el patio y la agarra endespues con fuerza. Dígale al chino que aliste cuerda pa amarrarle muy bien las patas, y con el animal dominado sumercé le tuerce el pescuezo. No me le vaya a dar pena ni se ponga vusted con cuentos, eso dele con enjundia que así le sabe más güeno. Deja la gallina muerta, le reza tres padres nuestros, alista el platón con agua, uno grande y que esté hirviendo. Vusted le suelta las patas, agarra el animalito, lo dentro en agua caliente y deja que afloje el cuero. Le va quitando las plumas, con maña y sin tanto agüero, y toítico pelaíto lo abre y saca los huevos. ¡Limpíele bien la sangre! ¡Desprésla poai derecho! ¿Sí ve que no tiene ciencia? ¿Vusted no se crio con eso?

Parecía echando un conjuro, una bruja en un aquelarre. Mercedes Merceditas con gorro de bruja y nariz de bruja y cucharón de bruja. Mercedes Merceditas con una escoba Mercedes Benz. Ese día mataron una, y cada tanto mataban otra. Mercedes no volvió pero mamá siguió el ritual. Otras cinco, otras diez, otras quince, otras veinte. Otras y otras hasta que fueron treinta y nueve. Sancochos, ajíacos, sudados, gallinas criollas. Suculentos platos con gallinas letradas y estudiosas, que habrían podido leer de corrido *Las mil y un recetas colombianas con gallina*. Y comimos –¡vaya si comimos!– con gusto y pésame todo ese desfile de carne colegial.

Llegó el día en que solo quedaba otra para el último ritual. Siempre jueves, a las cinco, mamá correteó la gallina y la agarró como una experta. Mi hermano la ató de las patas, ambos la aseguraron bien. Mamá le torció el pescuezo y la soltó un poco después. Entre los tres la desplumamos, la limpiamos, la rajamos. Sin más, sin dolor, por costumbre. Una parte de nosotros fue su infierno y fue su cielo. ¿Adónde van las gallinas cuando mueren? Al estómago de los comensales. Entre todos devoramos las letras, los sonidos, mi mamá me mima mucho yo amo a mi mamá. Tragarse las palabras –¿pudo ser más literal?

Para cuando matamos la gallina cuarenta, algo en nosotros había cambiado. Yo no daba más clases, jugaba sola al correo, y mamá no cocinaba tanto porque se enloquecía más seguido. Mercedes Merceditas dejó de vender a diario y mi papá compraba aguacates pidiendo alguna rebaja. Los corrales se los comió el óxido y la mugre hasta que un día la inercia no dio más y los quitamos. Volvimos a comer huevos, de una yema, cada dos días. No hubo más sancochos ni sudados. Si las gallinas vivieran aquí leerían FIN. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

EL ALTO DE OTRAMINA

No he visto *Carta a una sombra*, el muy elogiado documental de Daniela Abad y William Salazar, un certero enfoque, aseguran, de la figura y entorno familiar de Héctor Abad Gómez; pero vi un avance que pasó la tele, y en ese avance la secuencia en que Héctor Abad Faciolince recorre a caballo un camino campesino, mientras se oye su voz en off, recitando o diciendo el *Relato de Ramón Antigua*, de León de Greiff. No sé si esa secuencia encaja en el tejido de la película, o si es una especie de paréntesis, más o menos gratuito. Pero me encanta, y hasta agradecería su gratuidad, si tal es el caso. Porque exalta la fresca belleza y la importancia singular de ese poema, un soberbio y nuevo grito de independencia (poético) ante la madre patria.

Según cuenta Belisario Betancur, de Greiff le dijo alguna vez haberlo escrito para demostrar que sabía hacer romances, aunque no los hacía (no hizo ningún otro), porque no quería “ser esclavo de García Lorca”, como tantos hubo por estas tierras. Porque, bien claro está, el poema de León, con su triunfal olor a enjalmas, a mulas criollas y a aguardiente (y más allá de eso, una manera de contar), está a un océano de distancia, no solo de los romances lorquianos, sino también de los infantes de Lara, del ciclo del Mío Cid e incluso de *La tierra de Alvargonzález*, de Antonio Machado. Todos ellos, sobra decirlo, tesoros de la lengua. Laus Leo.

PD. El *Relato...* (está en el libro *Variaciones alrededor de nada*) hace parte de los poemas nacidos o inspirados en Bolombolo, (“Bolombolo (...) monótono país del sol sonoro”), que es, además de una comarca paísa, la más perfecta aliteración de la poesía colombiana.

CODA

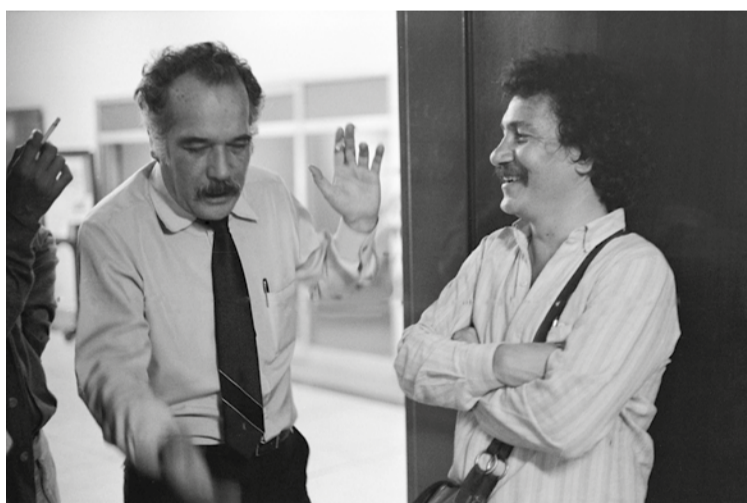
Galina Likosova es matemática y pianista, Hernán Humberto Restrepo es ingeniero y musicólogo. Ambos enseñan en la Universidad Nacional de Medellín, y orientan el grupo Interdís, cuyos documentales rescatan la vida y obra de compositores colombianos de la llamada música culta.

Son documentales impecables, en contenido y elaboración. Además de la música, miran a los hacedores. Uno nos cuenta el renacimiento de un hombre, otro revela incomprendidos y mequindades. En uno de ellos, el músico y docente chileno Mario Gómez Vignes llora ante cámaras al evocar los últimos días dolorosos de un gran compositor caleño.

Interdís suma hasta ahora cerca de diez trabajos. Se pasan ocasionalmente en los canales regionales, en horarios insólitos. Corrección, insólito sería el Triple A. ☹

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Se nos iba el tiempo conversando Álbum de amigos

Fotografías de Jairo Osorio

No sabemos si las copas llenas son la mágica atracción para fundar la amistad. O al contrario, la amistad produce el goce de llenar las copas para mojar el lenguaje y relucir el abrazo. Así sucedió durante el reinado cultural, fraterno y alcohólico de Manuel Mejía Vallejo, que convocaba con solo el tintineo de su vaso a medio llenar.

Estas fotos de Jairo Osorio revelan los sitios y los protagonistas de esa pequeña tropa de mujeres y varones que departimos en un estado espirituoso de copas fecundas, cuando ser amigos era una virtud y un mandato del corazón. ☺

Jaime Jaramillo Panesso



Identifique en estas fotos a: Luis Fernando Peláez, X-504, Darío Ruiz, Juan Luis Mejía, Alvaro Tirado, Juan Manuel Roca, Carlos Bueno, Gustavo Alvarez Gadeazábal, Miguel Escobar, Martha Elena Bravo, Mario Rivero, Oscar Jaramillo, Antonio Restrepo.

9^a

FIESTA DEL LIBRO Y LA CULTURA

Leer la vida

Un evento Medellín Lectura Viva

Una gran celebración en torno a las letras

Serán 320 invitados de 17 países, 120 horas de programación artística, 107 stands comerciales, 50 charlas de la tarde, 2.600 talleres de promoción de lectura con 34 entidades aliadas y tres proyectos especiales: Salón del Libro Infantil y Juvenil, Salón de Nuevas Lecturas y Salón Iberoamericano del Libro Universitario.

Secretaría de Cultura Ciudadana

Septiembre 11 al 20 de 2015. Zona Norte, Medellín

f e i #FiestaLibro Toda la programación en www.fiestadellibroylacultura.com

En asocio con Organizan **Medellín** todos por la vida



Se remueve la tierra y la memoria. Dos amigos de la casa cuentan sus historias en la Comuna 13: mitos de infancia, trabajo en horas extras, patrones entrevistados, milicianos encapuchados, pillos a caballo y en moto, militares en tanqueta, paras en la vanguardia y en la retaguardia. Dos películas con todos los actores del conflicto.

1. Socorro



Había cumplido apenas diez años pero ya entendía mucho del mundo que me rodeaba. Ya sabía cuáles piedras pisar y cuáles no. El calendario marcaba 1987. Habíamos llegado a El Socorro, San Javier, dos años antes, desde el barrio Popular 2. Nos habíamos ido de allá, pese a tener casa propia, huyendo de la balacera. Los enfrentamientos entre Los Priscos, Los Nachos y Cañada Negra nos obligaron a dejar nuestro único patrimonio. Para colmo, guerrilleros del ELN, el EPL y las Farc habían comenzado su avanzada hacia los barrios de las grandes ciudades, y en Medellín habían empezado por la comuna 1, justamente por Santo Domingo Savio.

De modo que nos fuimos para El Socorro, un barrio pequeño, construido sobre el paso de dos quebradas, al pie de una colina y al lado de una caballeriza de los Ochoa. Al principio nos pareció un barrio normal, tranquilo, muy familiar. En las calles, niñas y niños perseguían cometas, globos o llantas de moto y bicicleta. Los niños jugaban fútbol con pelotas de trapo en arcos de piedras; las niñas observaban desde las aceras mientras dibujaban príncipes en sus cuadernos de sirenas o de Menudo.

Íbamos a estudiar, casi todos, a la escuela El Socorro, en los límites con Antonio Nariño. Quedaba al pie de una cancha de arenilla donde estrenaron su juego Daniel Vélez, José de Arco, Sergio Otálvaro, Diego Álvarez y Juan Fernando Quintero.

Los clásicos entre El Socorro y El Coco eran inolvidables, al igual que los cotejos entre San Javier La Loma y Antonio Nariño. Nosotros, los más pequeños, nos veíamos desde una improvisada tribuna de piedras, troncos y tierra, emocionados, imaginándonos en la cancha, con el 10 en la espalda.

La otra diversión era subir al morro, donde pastaban los caballos de los Ochoa y de Carlos Lehder. No sabíamos quiénes eran esos señores hasta que estalló la bomba en el almacén La casa del niño y el deportista, y ahí sí supimos del Cartel de Medellín, de "don Pablo" o "Pablito", de "Popeye", "La Kika" y los demás asesinos.

Una vez un amigo me dijo: "Mirá, ese es Popeye, el que se bajó de ese carro". Estaba vestido de blanco, de saco y corbata, y tenía puesto un curioso sombrero blanco. Caminé hasta una esquina, hablé con unos jóvenes que estaban sentados en la mesa de un granero y se fue. Yo me quedé atónito, pues ya lo había visto años atrás, igual de bien vestido, en la cancha del Popular 1.

En 1988 el combo de Los Montañeros le declaró la guerra al de Los Duros tras el asesinato de Raúl, hermano del duro de Los Montañeros. El pelao subió a "la plaza" de la cancha, compró y no le alcanzó la plata. Pidió una espera, dijo que ya volvía con lo que faltaba. Los Duros le dijeron que sí y lo dejaron ir con su "envuelto". Los Montañeros siempre andaban a caballo, así que Raúl salió en su tordo flaco, al trote por toda La 43. Cuando iba camino a El Chispero, un sector cercano a Juan XXIII, Los Duros lo acorralaron entre dos carros y lo mataron, junto con el caballo. La tragedia tuvo escena surrealista, pues una vaca que pastaba al pie de la carretera, se asustó y salió corriendo al escuchar los disparos, perdió el control y cayó justo en la parte delantera de uno de los vehículos de los asesinos, quienes siguieron a pie. El carro abandonado delató a los sicarios, y se prendió la guerra en El Socorro. Los Montañeros salieron a caballo a enfrentar a Los Duros. Mataron cinco. Luego se emborracharon en el granero de la 102. Esa noche, un miércoles de octubre, vi a Popeye por segunda vez, de nuevo en su carro de color azul, otra vez de blanco y con sombrero. Se bajó con un arma en la mano. Caminé despacio hasta donde estaban Los Montañeros. Cuando estubo frente a ellos se detuvo, dijo un nombre y, al obtener respuesta, disparó. Luego, como si nada, se devolvió hasta el carro y se marchó.

Se confirmó que El Socorro era un barrio destinado a la tragedia, al que le estaban llegando telegramas del infierno desde el día en que un psicópata mató a varias mujeres y se metió al morro para escaparse. La policía no pudo dar con él, pero algunos familiares de las víctimas sí. Lo colgaron en la rama más alta de un eucalipto.

Antes, en 1987, un aguacero desbordó varias quebradas, entre ellas La Hueso y la Ana Díaz. El barrio se inundó y la borrasca se llevó las pocas pertenencias de las familias: televisores, colchones, equipos de sonido, ropa... Lo peor fue que la crecida arrastró a un recién nacido y dejó a su madre arrodillada al pie de la corriente. Esa tragedia nos marcó a todos, al igual que la historia del psicópata y la de la vaca suicida y el caballo sentenciado. Luego apareció otro engendro, un violador de menores a quien nadie tuvo la valentía de denunciar.

En fin, El Socorro mereció su nombre. Poco a poco se fueron extinguendo los buenos años. Los años de comer marrrano en familia con todos los vecinos, como si hubiéramos nacido del mismo vientre. En Navidad nos uníamos para poner cadenas de colores y decorar las casas con árboles de papel, gorros de Papá Noel y farolitos de cartulina. Los más pequeños hacíamos la novena hasta el 24, y no nos faltaba aguinaldo.

Doña Ana Tabares, la señora promimente de la cuadra –tenía una microempresa de modistería–, se unía con doña Gabriela, que también cosía, y compraban mercados para repartir entre los más pobres. Las familias de Dieguito y de Octavio siempre eran las primeras en recibir el regalo. Doña Ana y doña Gabriela fueron las fundadoras de la barra El Hinch Fiel, y todos nos volvimos hinchas del Medellín. Íbamos al estadio uniformados con las sudaderas y camisetas que ellas confeccionaban.

Ir a fútbol los domingos era una religión, y una delicia para todos. Las señoras llevaban sancocho o arroz con pollo y lo repartían en el entretiempo. Íbamos a Oriental, y en los clásicos compartíamos tribuna con los hinchas de Nacional. Si el sancocho de alguna de las barras se malograba, las demás juntaban porciones para compensar la pérdida.

Doña Ana Tabares tenía tres hijos: Nandito, Wilmar y David. Nandito, el mayor, trabajaba como chófer de bus y de taxi, y había sido mi padrino de confirmación. Wilmar era el segundo, un pelao alegre, buen futbolista, amante de la salsa. David era el menor, el mimado de la familia, y amigo de todos los niños del barrio: Sergio, Diego, Juan Carlos, Juan K., Octavio, Danilo, Carola, Bertha, Sandra.

La violencia del narcotráfico lo cambió todo. Los combos crecieron, se multiplicaron y se dispersaron por todos los rincones de Medellín. Ya no se trataba de ladrones de bolsos y de antes de carros como Los Montañeros, quienes jamás se metían con los niños del barrio ni con los vecinos. Eran otras "ligas". La plata abundaba en ese camino de fieras.

Muchos de los jóvenes de El Socorro se convirtieron en adictos y empezaron a formar grupos delincuenciales. Amigos de infancia como Alejo, "Yuma" y "Gori" fueron los primeros en conseguir armas: navajas y cuchillos al principio, luego trabucos y pistolas hechizas.

La guerrilla había empezado a llegar a la comuna desde los cerros y matorrales de San Cristóbal. Se acabaron los paseos de olla al morro, a elevar cometas y a rodarse en costales de fique. Era peligroso subir, y era peligroso dejar la calle 101, el último rincón pacífico que le quedaba al barrio. Los guerrilleros mandaban en lo alto, la periferia. Escribían panfletos amenazantes, decretaban horarios de salida y llegada a las casas. Decían, incluso, qué música se podía oír.

Sobrevivimos al 88. Aunque con problemas, el barrio seguía adelante. Las mismas familias, costumbres similares, los mismos amigos. Las niñas se metieron a clases de modistería, los pequeños nos hicimos Boy Scouts; seguíamos estudiando y soñando con ser futbolistas.

por MAURICIO LÓPEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Nacional ganó la Copa Libertadores y, aunque éramos hinchas del DIM, todos en la 101 salimos a celebrar. Fue uno de los últimos abrazos grupales en El Socorro, una de las últimas veces que trasnochamos al ritmo de Lisandro Mesa y Los Corraleros de Majagual.

Días después supimos de la llegada de refuerzos para Los Duros y de la aparición de un nuevo combo en El Chispero. También se hablaba de gente rara que deambulaba por Juan XXIII, La Pradera, El Coco y el 20 de Julio. Cosas extrañas sucedían en las noches. A los parqueaderos llegaban buses cargados de jóvenes procedentes de Castilla, Manrique o Belén. Al morro llegaba gente armada y encapuchada. Las mamás nos prohibían salir a la calle, ya no se respetaba ni el mediodía. A cualquier hora se podía ver a los "capuchos" persiguiendo jóvenes drogadictos. Los mataban al pie de las casas, junto a sus madres y hermanos. Los mataban solo a ellos, a los "drogos", para dejar un mensaje claro.

Yuma no había vuelto a aparecer. Se comentaba que era el jefe en Juan XXIII y que tenía entre ojos a Alejo, quien se había vuelto el personaje más odioso y peligroso del barrio; decían que se robaba caballos y vacas en las fincas del morro, y los dueños, cansados, le habían puesto precio a su cabeza. Le hicieron varios atentados, pero no lograban matarlo, ni siquiera herirlo. La suerte lo abandonó un lunes festivo. Ese día iba caminando por la 101 y Yuma lo alcanzó. Se saludaron, se abrazaron y se fueron juntos para el rastrojo, un terreno baldío que quedaba detrás de la 101, junto a la cancha de fútbol.

Nosotros estábamos parados en un muro, viendo conversar a dos amigos. Fue una sorpresa terrible ver a Yuma, quien había crecido con nosotros haciendo novenas y persiguiendo globos, sacar un cuchillo de su chaqueta y clavárselo a Alejo una y otra vez. Meses más tarde los capuchos mataron a Sergio, dizque por haberse robado una camiseta de los Guns N' Roses en el Obelisco. Lo mataron a bala, frente a Juan Carlos, Diego y yo.

La muerte acechaba en cada esquina, en cada curva. Los pillos se aprovechaban de nosotros y nos daban a guardar armas y drogas. La Kika patrocinaba uno de los combos, el de El Chispero, entre otras cosas para que le cuidaran a Lucas, su pequeño hijo, nuestro vecino. Nadie podía mirar feo al niño, nadie podía quejarse de sus insultos. Éramos sus esclavos, y a cambio, él nos "ligaba" de vez en cuando.

Los combos empezaron a enfrentarse a los capuchos. La guerra fue tremenda. Mataban a cualquiera por simple sospecha. Los jóvenes no volvían a aparecer. Los quemaban en las ladrilleras o los sepultaban en las escombreras. Era difícil saber quién era de qué bando. Todos se cubrían el rostro para disparar. También los hijos de doña Ana cayeron en esa guerra. A Nandito lo mataron bajando de San Cristóbal, a David llegando a Santa Lucía.

Mi familia no aguantó, fuimos los primeros en mudarnos. Nos fuimos en 1990, rumbo a Aranjuez. Mi papá había comprado una casa en San Cayetano. Me dolió dejar a mis amigos, pero estoy seguro de que si no me hubiera ido también habría caído.

Luego mataron a Pablo y los combos tomaron otro rumbo. Los paracos reclutaron todas las estructuras del narco caído, y la guerra contra la guerrilla se hizo todavía más cruel. Ya no solo mataban a los supuestos rivales: los torturaban. Les cortaban la lengua, los dedos. Los despelaban, les clavaban alambres en los ojos. Enviaban las cabezas a sus familias, envueltas en papel de regalo, con mensajes terroríficos: "Mire, pa que adorne la casa el 31 de octubre".

Para todos los que crecimos en la comuna 13, la Operación Orión fue una farsa, una disculpa para consolidar el poder paramilitar. Detrás de los soldados y policías se fueron metiendo criminales de la talla de 'Carlos Pesebre', quien tomó el control del corredor de la quebrada La Iguaná. Mandaba, además, en la parte alta de Belencito, en Belén y en Robledo. Don Berna utilizó la Operación Orión para limpiar los expedientes de sus lugartenientes: 'Tom', 'Valenciano', 'Sebastián', 'Colas', 'Morro', 'Barney', 'Orión', el mismo Carlos Pesebre, y demás. Así terminaron de sepultar nuestros barrios. Algunos guardamos recuerdos de perseguir globos, de jugar a pie limpio, de quedarnos hasta medianoche escuchando las historias de doña Ana, doña Gabriela y doña Silvia. Pero también tenemos las cicatrices de la guerra.

En las escombreras y en los hornos de las ladrilleras no solo quedaron los huesos y las cenizas de muchos de nuestros amigos y vecinos, sino también los de esa Medellín que alguna vez fue la mejor ciudad para vivir. ☹

CONTAR HISTORIAS, ROMPER ESQUEMAS

SEMINARIO INTERNACIONAL DE GUION

MEDELLÍN COLOMBIA 2015

FOTO: JUAN FERRANDO OSPINA

Cinefília

WWW.CINEFILIA.ORG.CO
INFO@CINEFILIA.ORG.CO

OCTUBRE 15 16 17



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ Calle 11A N° 43E-5-3° piso - 301
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

www.cohete.net

15 años desarrollando negocios digitales

2. El tiempo del miedo

Para muchos la guerra era solo un hecho distante, un murmullo lejano y temible entrevisto en la mugre de la prensa y el ruido de la radio y la televisión. Habíamos padecido la violencia de los narcos, pero eso de enfrentamientos con helicópteros artillados que disparaban indiscriminadamente sobre las casas, francotiradores en las colinas de los barrios, bloqueos de calles para contener el avance del enemigo, retenes de policía a la entrada de la comuna, requisas para entrar o salir, detenidos, muertos y desaparecidos, era nuevo.

Era el tiempo del miedo: dormir bajo las camas para esquivar las balas de los tiroteos de toda la noche, asomarse al balcón para a ver a la gente indefensa blandiendo trapos blancos, implorando que el Black Hawk no se inclinara sobre sus cabezas.

Pero todo eso se veía venir, había indicios, historias, presencias.

Los barrios populares de Medellín supieron de la guerrilla en la década del ochenta, durante las negociaciones con el gobierno de Belisario Betancur. El espacio abierto fue aprovechado por el M-19, el EPL, las Farc y el ELN para crecer y afianzarse en diversos sectores de la ciudad. Con el fracaso de los acercamientos de paz y el avance del narcotráfico, esos espacios se perdieron, se transformaron. Pero las semillas del espejismo revolucionario estaban plantadas. Y abundaba el más peligroso de los abonos.

Entre 1996 y 1997, la escasa presencia del gobierno en las zonas más pobres de la ciudad tuvo como respuesta el surgimiento de grupos armados como las Milicias Populares de Occidente, las Milicias América Libre y los Comandos Armados del Pueblo (CAP), que asumieron funciones de control social en un corredor estratégico para la guerra donde no se conocía ni se reconocía al Estado.

Los CAP lograron reconocimiento y poder empleando estrategias de integración con la comunidad, lo que les permitió contar con respaldo para moverse y conseguir que muchos jóvenes se sumaran a sus filas. Su origen aún no es claro. Para algunos eran una disidencia del ELN y para otros una facción de una milicia desmovilizada; lo cierto es que consiguieron afincarse en los barrios, controlar aspectos de la vida comunitaria y figurar en los medios por algunas de sus acciones.

En la madrugada del 5 de septiembre de 2000, entre las 3:00 y las 3:30 de la mañana, los CAP activaron cargas explosivas en seis sedes de empresas de juegos de azar en Medellín, Itagüí, Copacabana, Bello y Girardota, según las autoridades, para presionar por el pago de extorsiones.

Acciones como estas, sumadas a los asesinatos y secuestros que se les atribuían, fueron la excusa ideal para que, con la bendición de algunos sectores del poder económico y político de la ciudad, irrumpieran los paramilitares. Su primer objetivo era sacar del territorio a las milicias "independientes" y a las Farc y el ELN; estas dos últimas organizaciones se habían instalado en la Comuna 13 a finales de los noventa, aprovechando el camino abierto por los milicianos.



El territorio estaba dividido. Las milicias populares controlaban Las Independencias, Nuevos Conquistadores, Belencito y Villa Laura, el ELN patrullaba el 20 de Julio y El Corazón, y las FARC el sector de Zonitas.

Luego de las primeras "bendiciones", comenzó el ataque frontal contra los CAP por parte de los organismos de seguridad del Estado. Los "paras" venían detrás.

El 24 de febrero de 2002 se realizó la Operación Otoño. Efectivos del ejército, el CTI y el desaparecido DAS irrumpieron en la supuesta celebración de los seis años de fundación de los CAP; capturaron a 42 presuntos milicianos, y decomisaron armas de fuego, municiones y prendas privativas de las fuerzas militares.

Solo tres días después se llevó a cabo la Operación Contrafuego en el barrio Blanquizar. Por primera vez se utilizaron helicópteros artillados para apoyar a cerca de 600 policías, 400 soldados y 63 fiscales, que realizaron 63 allanamientos y 31 capturas, decomisaron armas, explosivos y equipos de comunicaciones. En medio del fuego indiscriminado murieron cinco hombres señalados de milicianos.

Ocho días después de la Operación Contrafuego, atendiendo un llamado de los CAP, subí al barrio La Divisa y me entrevisté con ellos y con algunos miembros de la comunidad. Las pruebas que me entregaron mostraban que no todos los detenidos eran milicianos y que uno de los "muertos en combate" era un menor con retraso mental muy conocido en el barrio. Esas denuncias nunca fueron escuchadas.

Estas dos operaciones fueron apenas ejercicios de entrenamiento para lo que sucedería el 21 de mayo de 2002. Ese día, a las 3:00 de la mañana, tanques blindados del ejército destruyeron un transformador de energía y dejaron a oscuras la parte alta de los barrios 20 de Julio, El Salado, Las Independencias y Nuevos Conquistadores, dando inicio a la Operación Mariscal. Durante doce horas hubo un despliegue de casi mil efectivos de la policía, el ejército, la fuerza aérea, la fiscalía y el CTI.

Gracias a las denuncias de organizaciones defensoras de derechos humanos el operativo no pudo desarrollarse totalmente. Sin embargo, en esas doce horas murieron nueve civiles –entre ellos varios menores de edad–, hubo 37 heridos y 55 personas fueron detenidas sin importar si eran culpables o inocentes; simplemente se asumía que quienes vivían en la 13 eran milicianos.

La ofensiva continuó, y el 15 de junio de 2002 se adelantó la Operación Potestad, en la que murió un presunto miliciano y dos más fueron capturados.

El 20 de agosto en la madrugada inició la Operación Antorcha en Las Independencias, El Salado, 20 de Julio y El Corazón, con el pretexto de evitar atentados durante la Feria de las Flores que iniciaba. En el asalto murió un cabo de la policía y dos más resultaron heridos, al igual que dos menores y 37 civiles. El principio de distinción entre combatientes y civiles ya no importaba, la guerra en los barrios altos del occidente ya no era una noticia distante.

El avance paramilitar, de la mano de las fuerzas militares, denunciado desde finales de 2000 y comienzos de 2001 por organizaciones defensoras de derechos humanos y por los propios Comandos Armados del Pueblo, era una realidad visible.

Al sentir que sus denuncias eran ignoradas, los CAP diseñaron acciones para que la ciudad se enterara de cómo, en nombre del anticomunismo, morían –y seguirían muriendo– muchos inocentes. Primero pensaron en secuestrar al director de un noticiero radial de Medellín para entregarle un comunicado, pero desecharon la idea y optaron por dejar un falso carro bomba en la calle San Juan, cerca de la 76, con un comunicado en el que detallaban el avance de los paramilitares, denunciaban la llegada de gente del campo que se instalaba en sitios estratégicos de los barrios y describían el reclutamiento de jóvenes por parte de los 'paracos'. Pero Medellín fue sorda.

Nos conocimos cuando éramos niños. Mi familia acababa de llegar a Medellín desplazada de Urabá por la pobreza y la violencia partidista, y vivíamos en una de las casas de propiedad de su abuela. Pasados muchos años nos volvimos a encontrar. Acudía con cierta regularidad a las oficinas de un noticiero, subía hasta el segundo piso, saludaba a la gente y permanecía durante mucho tiempo conversando con alguien en la redacción. Acuerpado, alto, blanco, de nariz aguileña y porte militar, se llamaba Carlos Mauricio García Fernández, alias 'Doble Cero', y era el jefe de seguridad de Vicente Castaño, el fundador del Bloque Metro.

En su desespero ante la arremetida paramilitar, y enfurecidos por las visitas a la emisora de uno de sus enemigos acérrimos, las milicias decidieron poner una bomba en las instalaciones. El 24 de agosto de 2001, hacia las 9:30 de la noche, un carro de paletas cargado con treinta kilos de explosivos fue detonado en la parte posterior del edificio. Hubo cerca de 35 heridos, y graves daños materiales en la emisora y en varias edificaciones vecinas. La

por JOSÉ DE LOS SANTOS RAMÍREZ

Fotografías: El 9



policía habló de carro bomba y el gobierno de un atentado contra el derecho a la información, pero nunca se dijo la verdad sobre el porqué de la bomba.

De nada valieron las denuncias y acciones propagandísticas. Para agosto de 2002 los paramilitares ya habían comenzado a instalarse en los sectores de La Loma, San Cristóbal y La Gabriela, así como en los barrios Juan XXIII, Blanquizar y La Divisa, de donde las milicias habían tenido que replegarse hacia donde aún eran fuertes: Las Independencias, Nuevos Conquistadores, El Corazón, Belencito y Villa Laura.

El 16 de octubre llegó el puntillazo final. Helicópteros Black Hawk, tanquetas y tropas con ametralladoras M60 y fusiles acordonaron la zona para impedir el ingreso de organismos defensores de derechos humanos y medios de comunicación. Así comenzó la Operación Orión, en la que participaron más de tres mil hombres del ejército y la policía, respaldados por paramilitares encapuchados y uniformados.

Desde el balcón del tercer piso donde vivía vi los helicópteros ametrallar de manera indiscriminada las viviendas del 20 de Julio, El Salado, Las Independencias y Nuevos Conquistadores; el operativo se extendió también hacia Belencito y El Corazón. Veía a los habitantes de esos barrios agitar sábanas blancas para no ser acibillados.

Estaba viviendo la guerra sin que mediaran las pantallas ni los periódicos. Mi hija tenía pocos meses de nacida y yo me encargaba de cuidarla. Al mismo tiempo sentía el deseo de saber y contar lo que ocurría. Entonces la cargue, salí de la casa y logré llegar hasta un punto cercano a la Unidad Hospitalaria San Javier, adonde la gente llegaba caminado, cargando a los heridos desde los barrios altos con improvisadas banderas blancas en sus manos. Desde un teléfono público comencé a contar el horror que estaba viendo. Por azar me había convertido en corresponsal de guerra. Describía el estruendo del tiroteo, el sobrevuelo de los helicópteros, los cañonazos de las tanquetas, las caras de angustia de la gente, los gritos de auxilio para que atendieran a los heridos, el caos en la unidad de salud, el asombro de todos frente a las dimensiones de una violencia que nunca imaginaron: desaparecidos, muertos, heridos y detenidos.



Durante los cuatro días del desarrollo de la Operación Orión no se permitió el ingreso de los medios a la comuna. El 20 de octubre, cuando ya los enfrentamientos habían cesado, obtuve autorización para entrar, recorrer y reportar sobre el terreno los estragos en la zona de guerra: vi los carros quemados, atravesados en la entrada del 20 de Julio, con que los milicianos habían tratado de contener el avance del ejército; subí hasta El Corazón y constaté los destrozos en las casas por las explosiones y las balas, y los grafitis en las paredes que invitaban a la resistencia. La gente despertaba de una pesadilla. Y ya no había rastros de las milicias.

Recibí el último comunicado de los CAP el 21 de octubre de 2002. Querían decirle a su gente que el espíritu de lucha se mantenía: "Que la milicia se fue y abandonó; que derrotaron la resistencia, que nos liquidaron; que nuestra moral está por el suelo... Son muchas las calumnias, las mentiras y las estupideces que la bota militar y sus fieles medios de comunicación difunden a cuatro vientos para encubrir la masacre y los graves atropellos cometidos por las fuerzas armadas del Estado, en su arremetida total contra nuestras comunidades y sus líderes populares, en el afán de posicionar a los paramilitares en la zona. De seguro, frente a las nuevas condiciones y para no poner de carne de cañón a la comunidad ante un enemigo cada vez más bestial, implementaremos nuevas formas y nuevos mecanismos para continuar la resistencia. Quizás no será tan visible materialmente nuestra presencia, pero de seguro la haremos sentir y haremos todo lo que esté a nuestro alcance para que no se apague esta llama revolucionaria que se ha encendido en las mentes, corazones y brazos de tantos pobladores de la ciudad". Eso decían, pero ya eran un fantasma.

Después de eso perdí todo contacto con los CAP. Traté de averiguar por tres de sus líderes, con los que había tenido algunos acercamientos, y me dijeron que, al ser detenidos en un retén paramilitar, conscientes de las torturas y sufrimientos que les esperaban, habían optado por suicidarse con un veneno. No sé si será cierto o una de tantas leyendas que se tejen, pero espero que alguien pueda algún día contar la verdad de ese final de bruma y pólvora. ☹

Alemán Pues
— Restaurante & Cervecería —
Salchichas y cervezas alemanas

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa
Tel: 268 44 20 - El Poblado

Cheesecake

Kaldi
Kaffe

Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511
Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355
Panadería natural, cafés de origen

OBRAS QUE TRANSFORMAN

Area
METROPOLITANA
Valle de Aburrá
PURA VIDA

35
AÑOS

Maxakali

Fotografías y texto de
FRANCISCO CÁRDENAS ROJAS



El lenguaje nos permite transmitir nuestras ideas, conocimientos e identidad de generación en generación. Se espera que más del cincuenta por ciento de las lenguas que existen hoy en el mundo desaparezcan antes de los próximos cien años. Cuando muere el último hablante de una lengua se pierden los siglos de tradiciones y conocimientos que han contribuido a forjar lo que somos.

Lenguas en peligro de extinción es un proyecto de investigación que durante los últimos tres años ha trabajado en el entendimiento, clasificación y caracterización de cada una de las lenguas que sobreviven en nuestro país, con fines de apropiación lingüística, histórica, cultural y patrimonial. En él se articulan academia, Estado y empresa privada, con la Universidad Nacional de Colombia como base de trabajo.

El gobierno de Brasil adelanta el proyecto *Línguas Ameaçadas*, proceso con las mismas características, necesidades y responsabilidades del que llevamos en Colombia. En los últimos dos meses se logró un acercamiento con ellos, lo que ha permitido la colaboración y transferencia permanente entre los dos equipos de investigadores.

En trabajo de campo realizado durante la segunda semana de agosto, visitamos a la comunidad Maxakali, en el estado de Minas Gerais, en el sector Juiz de Fora. La conforman entre quinientos y seiscientos habitantes, divididos en diferentes resguardos. Para llegar a uno de ellos viajamos en helicóptero durante más de dos horas desde Río de Janeiro. Luego hicimos un recorrido a pie de unos treinta minutos, para finalmente embarcarnos por el río Paraibuna

durante casi una hora. Fuimos recibidos por veintitrés indígenas, en medio de un fuerte hermetismo. Con el paso de las horas nos acogieron y pudimos compartir una larga jornada y acercarnos a sus actividades: conseguir alimento, cocinar, tejer, danzar, dormir, sus ritos para limpiar el cuerpo. Gracias a la presencia de Javier Baias, antropólogo y lingüista brasileiro especializado en esa comunidad, logramos entender y dar valor histórico a lo que teníamos enfrente.

A pesar de tener un proceso de occidentalización bastante avanzado, mantienen buena parte de sus tradiciones bajo reserva y atesoran su historia tanto como su lengua: Maxakali. De cómo vivían en el siglo XIX y la confrontación que marcó su destino todavía queda mucho. Su vivienda tradicional estaba hecha de ramas cubiertas con hojas de palma. Los hombres dormían en una cabaña asignada para ellos, por lo que en la noche mujeres y niños no iniciados en rituales espirituales tenían prohibido el ingreso. Dentro de la cabaña, los espíritus de los muertos se revelaban a los hombres en sus sueños. La iniciación anual de los jóvenes era un proceso largo que incluía clases de canto nocturno. Hoy, el Maxakali sigue enterrando a sus muertos en cuclillas. Por esta razón afirman que sus almas son capaces de convertirse en jaguares.

La comunidad que sembró y vivió de maíz, batatas, frijoles y algodón, todavía siente la caza y la pesca como sus formas de supervivencia. La occidentalización se fortalece debido al intercambio comercial y oral que el no indio impone cuando se acerca al resguardo.

Para las comunidades de Brasil y Colombia, conservar sus lenguas va de la mano con restaurar sus identidades y sus valores. ☺



EL AMOR DESPUÉS DEL AMOR

Versión Musical Rock en Español de ROMEO & JULIETA de William Shakespeare

EL MUSICAL



Tubeleta.com

DOMICILIOS - CONTACT CENTER
444-6300
593 Desde tu celular
 Tu boleta móvil: m.tubeleta.com



f @despues del amor

Instagram @despues.delamor

Twitter @managerjulieta

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE SEPTIEMBRE 2-3-4-5-6 / 2015 HORA: 8:00 p.m.



MAGIA con orinal

por KOLEIA BUNGARD

Ilustración: Verónica Velásquez

El mago salió de la cantina vestido de mago. Estaba dispuesto a desaparecer la sirena de piedra de la fuente del parque. Del hombro derecho le colgaba un maletín negro de cuerina pelada. Con la mano izquierda sostenía una varita dorada como las que llevan las niñas disfrazadas de hada madrina el día de Halloween.

El cantinero fue el primer sorprendido. Minutos antes, cuando ese extraño forastero de barba larga y pelo lambido de vaca le pidió prestado el baño, cuando lo vio entrar con su maleta gigante tipo empaque de televisor barrigón, cuando lo vio salir sin ella y en su lugar con un bolso pequeño, un sombrero de pana y una varita de mago, cuando lo vio así, con ese traje de circo y con cara de soy el dueño del mundo, se dijo en silencio: "Aquí hay gato encerrado, ¡o conejo!". Y se rio del mal chiste que gracias a Dios solo oyeron sus tripas.

El cantinero, hombre parco, lunarejo, cejijunto, cantinero de toda una vida, sobrio siempre, buen emborrachador, había visto desde la barra de su negocio todo tipo de eventos absurdos: una partida de ajedrez que duró tres días, una mujer enloquecida de celos que se arrancó tres uñas a la vista de todos, un vendedor de cachivaches que se tomó media botella de aguardiente de un solo trago y después regaló sus mercancías, un niño que vomitó un gusano encima de la mesa. Pero en toda su vida nada lo había sorprendido tanto como llegar a ese cuartucho mohoso en el que apenas cabían un hombre y un orinal y darse cuenta de lo increíble: ¡no estaban el orinal ni la maleta!

Entonces salió gritando: "¡Un mago!, ¡un mago!, ¡ese señor es un mago!".

Los cinco desocupados que ese medio día tasaban un tinto en la cafetería del lado salieron al galope a detallar al sujeto. Concentrados en su figura mitad fantástica mitad descolorida, atentos a cada paso y movimiento, lo vieron acercarse a la fuente de agua y colgar el bolso desteñido en la rejilla que bordeaba el monumento más antiguo del pueblo. "Vine a desaparecer esta sirena", dijo con una voz gutural de abuelo fumador, y reparó en cada uno de los que en él reparaban. "Y si quieren ver que no miento, traigan más gente para que no queden dudas".

Los hombres se miraron entre sí y juntaron las cejas en imitación de las del cantinero. Alelados, envueltos ya por la presencia del mago, los ahora cinco ocupados fueron alejándose del centro del parque y llevaron la noticia a todas las casas y tiendas del pueblo: "¡Van a desaparecer la sirena—decían—, vino un mago y va a desaparecer la sirena!". La gente, acostumbrada al aquí nunca pasa nada, abrió los ojos por inercia como si lo que oyera fuera: asó-mense que una vaca parió un gallinazo.

El mago, entre tanto, miraba a la sirena de cabeza a cola. Y la sirena, muchacha linda, ay, tan linda, permanecía inamovible, botando por la boca un chorro de agua que salía en arco, salpicaba el bolso del mago y humedecía su provocador cuerpo de piedra: maldita sea, pensaban los jovencitos, por qué la

tallaron con las manos tapándose el pecho desnudo, por qué no le dejaron libre aunque fuera un pezón.

El cantinero, más sobrio que nunca, no solo fue el primer sorprendido sino el primero en obedecer. Cerró la cantina y se acercó a la fuente. Pasó de vender tragos a anunciar la función. "¡Gratis! ¡Gratis! ¿Cuándo se ha visto en el pueblo a un mago gratis?". A todos los que llegaban a ver qué era la cosa, les decía lo mismo en voz baja: "Entró al baño de la cantina a cambiarse. Tenía una maleta gigante, yo la vi. Cuando salió, no la tenía, y cuando fui al baño a fijarme si la había dejado, pues no, la había desaparecido ¡con todo y orinal!".

A las doce y media salieron los estudiantes del colegio. No se fueron a sus casas a almorzar sino al parque a aumentar el corrillo de la fuente. Allí encontraron a sus mamás, que habían dejado la sopa a medio cocinar, a los profesores, al personero, a los concejales y, en primer plano, claro, al jardinero, un anciano rechoncho encargado de mantener siempre limpia a la mujer de piedra. A "su" mujer.

Para ese momento había crecido, junto con el corrillo y el suspenso, el brillo del sol del mediodía. Los estudiantes se tapaban la cara con los cuadernos, las señoras con los trapos de la cocina, los hombres con hojas de periódicos y el mago con su sombrero.

—¿En serio desapareció el orinal? —le preguntó el jardinero a uno de los cinco vagos.

—¡Claro!, entró al baño y lo desapareció. Pregúntele a él y verá. El cantinero, que ya había repetido la historia setenta y cuatro veces, asintió arrugando la boca como una página desperdiciada y frunciendo el ceño de modo que las cejas le tapaban la mitad de los ojos.

—Usted me va a perdonar, hombre, pero yo no lo creo —repuso el jardinero.

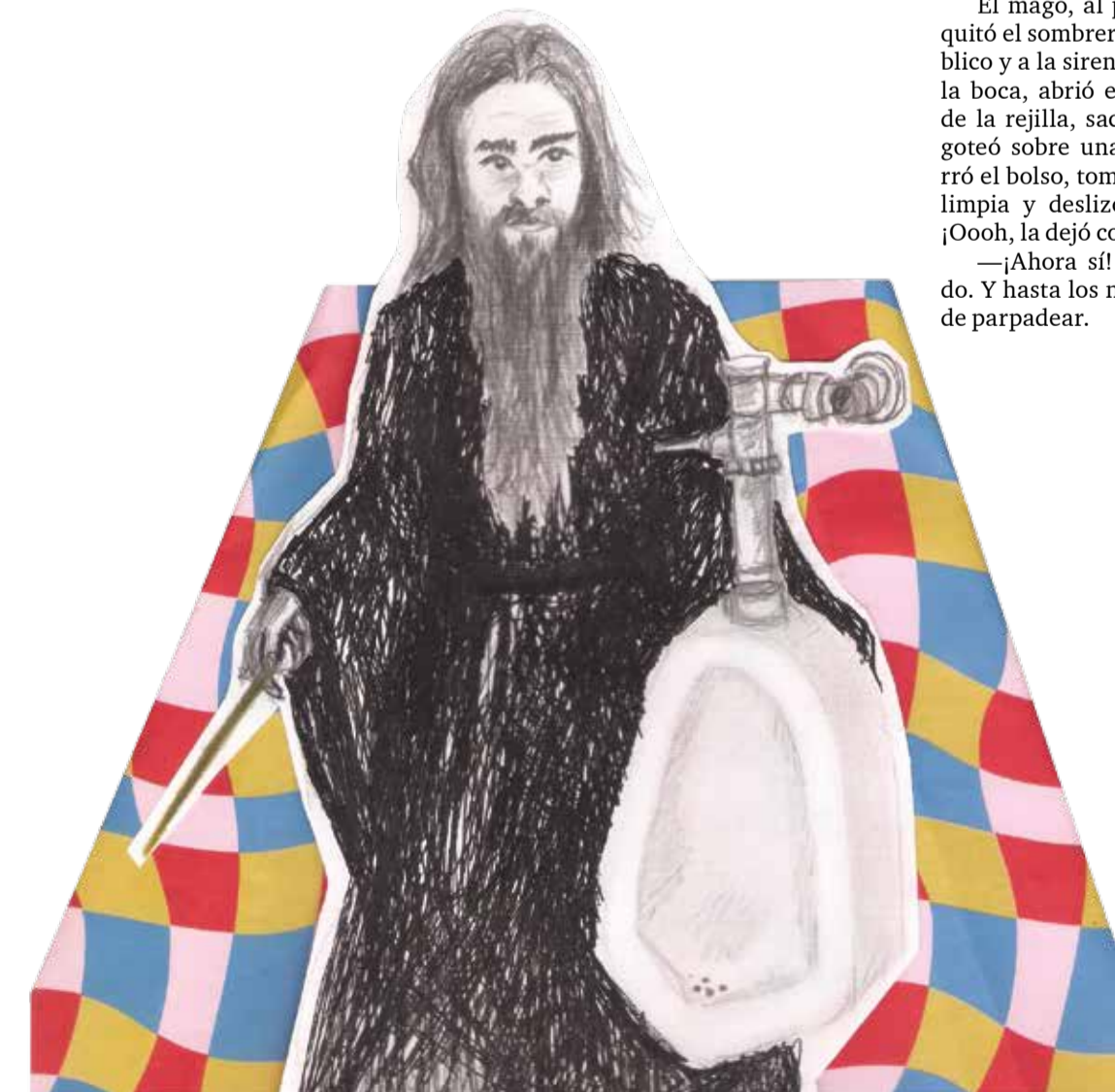
—¿No? Pues problema suyo... Yo de aquí no me muevo a mostrarle. Nos vamos y este tipo desaparece la sirena. Yo no me muevo.

—¡Qué la va a desaparecer! Estos tipos son unos farsantes. Ahora cuando empiece a pedir plata verá de lo que están hechos.

—Piense lo que quiera, viejo, pero lo que soy yo de aquí no me muevo.

—¿Y en serio desapareció el orinal? —volvía el jardinero sobre lo mismo.

—Que sí, viejo, yo lo vi con mis propios ojos. Antes de que él entrara al baño ahí estaba el orinal, usted lo conoce, el mismo orinal de siempre, ahí pegado en la pared, ¿cómo se lo iba a robar si yo lo vi salir? Apenas fui al baño a ver dónde había puesto la maleta gigante con la que entró, no encontré ni maleta ni orinal. El baño estaba solo. Hizo magia, viejo, magia, ¡magia!



—Pues muy raro. Yo le creo lo del orinal pero si voy y lo veo yo mismo.

—Apenas desaparezca la sirena vamos y verá que no es bobiando.

Y mientras llegaba más gente a presenciar la hazaña, el mago, tranquilo, daba pasitos alrededor de la fuente, iba y venía en silencio, inquietante, como un tigre al que van a soltar ya mismo, ya mismo, aquí en la plaza, y que no mira a nadie pero atemoriza a todos. De repente volvió por un milisegundo la mirada a los presentes y repitió: "Vine a desaparecer esta sirena, y si quieren ver que no miento traigan más gente para que no queden dudas".

No había quien se moviera. Casi todo el pueblo estaba ahí, esperando. Solo faltaban el alcalde, el cura y el sacristán. Al primero le habían quitado las cuatro cordales y, a la hora de la intriga, dormía anestesiado sin tener idea de lo que pasaba afuera. El cura y el sacristán habían salido temprano a repartir hostias en fincas vecinas, y cuando hacían esas correrías llegaban al caer la noche, repletos de tanto comer gratis y cansados de caminar. De lo que se iban a perder.

Aún así, al mago parecía faltarle gente. Luego de darle dos vueltas más a la rejilla, siempre caminando a paso de babosa, dijo por tercera vez: "Vine a desaparecer esta sirena, y si quieren ver que no miento traigan más gente para que no queden dudas".

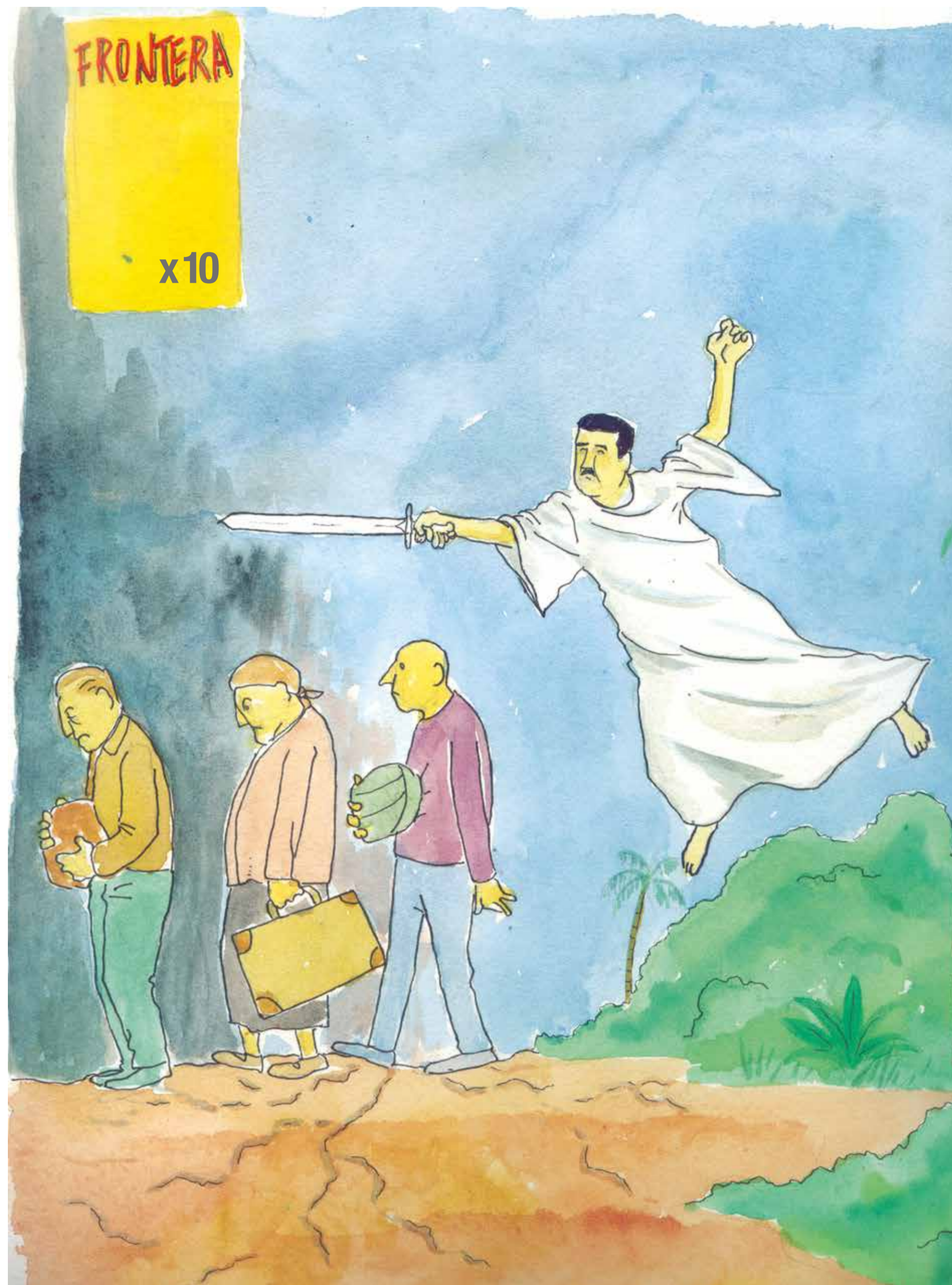
—¡Ya no falta nadie! —gritó uno de los vagos del principio.

—¡Desaparézcala ya, hombre! —gritó el cantinero.

—¡Sí, mago! ¡Ya! ¡Dale, mago, dale! —gritaron niños, señoras, estudiantes.

El mago, al parecer ya decidido, se quitó el sombrero y le hizo venias al público y a la sirena, sostuvo la varita con la boca, abrió el bolso sin descolgarlo de la rejilla, sacó un tarrito de aceite, goteó sobre una mano, lo guardó, cerró el bolso, tomó la varita con la mano limpia y deslizó el aceite sobre ella. ¡Oooh, la dejó como nueva!

—¡Ahora sí! —dijo alguien excitado. Y hasta los niños en brazos dejaron de parpadear.



PLANETARIO
DE MEDELLÍN



PARA MIRAR, DE OTRA MANERA
PARQUE EXPLORA - MEDELLÍN

Acuario - Planetario - Parque interactivo de ciencia y de tecnología

Acuario de gran formato
Colombia, país de agua

Vivario
Anfibios, reptiles, artrópodos

Planetario
Salas y Domo digital

Sala Mente,
el mundo adentro
(Neurociencias)

Sala En escena,
historias tras las historias
(Comunicación)

Sala Física viva
(Física)

Sala Infantil
(Para niños de 0 a 6 años)

Auditorio 3D
Inmersiones audiovisuales
contundentes

Colaboratorio
Taller público de
experimentación
(Proyecto en construcción)

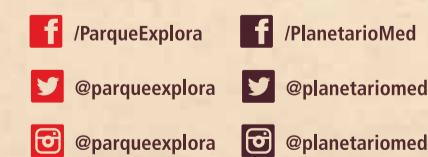
Comer
Exposición temporal

Sala Abierta
(Ciencia al aire libre)



Visítanos:
Carrera 52 N° 73 - 75
Medellín - Colombia
+ 57 (4) 516 83 00
Acceso directo desde el Metro, Estación Universidad.

Más información en:
www.parqueexplora.org | www.planetariomedellin.org



NUEVO

Ron
Medellin



Cinco años para destapar el secreto de un barril
Cinco copas para anunciarlo con un brindis
Cinco sentidos para disfrutar un nuevo gusto



5 años
Sin azúcar
adicionado

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD. PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD.